



HEMEROTECA
MUNICIPAL

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES ·
VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS





¡LEA V!

¡LE INTERESA!

Atendiendo las indicaciones de gran número de nuestros suscriptores, ARMAS Y LETRAS entra en el tercer año de su vida con una honda e importante transformación.

La revista mensual que durante dos años ha visto aumentar constantemente el número de sus suscriptores, corresponde al favor del público transformándose en gran revista quincenal ilustrada, ARMAS Y LETRAS se publicará en lo sucesivo formando tomos de 60 páginas de gran tamaño que aparecerán los días 15 y 30 de cada mes.

A pesar de los crecidos gastos que supone esta reforma y del aumento considerable de textos y grabados, ARMAS Y LETRAS no alterará el precio de la suscripción y seguirá costando 3,75 pesetas el trimestre.



Nuestra empresa es de Patria y de Cultura. ¡Ayúdenos V. Dos años de éxitos continuados pueden serle garantía de lo que haremos en lo futuro.

ARMAS Y LETRAS constituye el gran lazo de unión entre todos los elementos del Ejército y de la Armada.

ARMAS Y LETRAS le mantendrá a V. al corriente de todo lo nuevo curioso, sensacional y útil, que relacionado con su profesión aparecerá en el mundo de la Ciencia y del Arte.

ARMAS Y LETRAS publicará cuentos, crónicas, artículos y entretenimientos diversos que le harán la más deliciosa revista del hogar y de las familias.

ARMAS Y LETRAS forma con sus tomos la enciclopedia más completa e interesante del militar.

ARMAS Y LETRAS continuará con su «Sección de Consultas» que tanta aceptación ha tenido en los pasados años. Por ella el suscriptor de provincias tiene en Madrid un representante gratuito que le facilitará los informes que necesite de los organismos centrales.



Novedad, Atracción, Interés, Utilidad, Recreo

Son los distintivos de ARMAS Y LETRAS



Por una curiosa combinación que ofrecemos a V., la suscripción a ARMAS Y LETRAS le resultará completamente gratis.

Nuestros actuales suscriptores no tienen necesidad de enviarnos nuevamente su adhesión. Les rogamos que para facilitar nuestra nueva organización acepten el abono por trimestres de los cargos que hasta ahora se venían pagando mensualmente.

A los que no tengan cuenta con la Caja Central, giraremos contra ellos en el segundo mes de cada semestre, letras por el importe de la suscripción semestral.

Los que prefieran hacerlo, pueden remitir, avisándolo de antemano, el importe de su suscripción por giro postal.



INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica
fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de **ARMAS Y LETRAS**

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 40 pesetas.

Pagaderas en seis plazos, el primero de 10 pesetas
y los restantes de 6 pesetas

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.



EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Rosas, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

GORRAS Y EFFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.—TOLEDO

La Casa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y rosas.—Se hacen exportaciones a provincias.

SASTRERÍA DOMINGUEZ

Cuesta del Alcázar, 14. - TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Ptas.		Ptas.
Capote paño 1.º	150	Uniforme kaki de estambre y gabardina con pantalón y calzon	50
Capota paño o estambre	210	Idem id. de dril, con id.	70
Peliza de 1.º, rizo de id.	120	Volvar peliza con todos los avios y dorados	70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada	725	Idem guerrera con id. id.	50
Guerrera de paño y estambre	120	Idem	50
Pantalón Rey con franja seda	60	Poner cuello y vueltas con entretela y soutache	17

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciense en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.



No soy ni sombra de lo que fui, la juventud renace en mí, Con PECA CURA lo conseguí.

Jabón, 150. Crema, 2,50. Polvos, 250. Agua Cutánea, 5,50. Agua de Colonia, 3,50, 6,10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

Productos serie «IDEAL»

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable Matinal, Chipre, Roceo, Flor, Rosa, Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el perfume 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTES HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)

IMPORTANTE

Rogamos encarecidamente a nuestros suscriptores a quienes se les pasa cargo por la Caja Central, acepten el pago de la suscripción por trimestres, arreglo necesario para la buena marcha de la Administración de la Revista, en la nueva forma de periodicidad quincenal, importante mejora que en obsequio a nuestros suscriptores hemos implantado.

PÁGINA DE ARTE

Creación del cadáver de un caudillo idólatra en la Rusia oriental

(Cuadro de Enrique Siemiradski)

El cuadro colosal del conocido pintor polaco que reproducimos en la página de arte del presente número, representa una escena salvaje y horrible, tomada de una descripción de un escritor árabe de aquella época (siglo x). El artista nos transporta a una aldea del inmenso territorio de los Urales: allí ha fallecido el venerado caudillo que supo gobernar sabiamente en tiempo de paz y conducir en la guerra a sus vasallos a la victoria. El pueblo entero se apresta a tributar los últimos honores al cadáver según los usos y costumbres del país. En un lugar despejado y sólo rodeado de algunos árboles se ha levantado la inmensa hoguera sobre la cual descansa una barca fantástico y saliente espolón: en ella yace sobre abultados cojines y bajo un toldo resguardado el inanimado cuerpo del príncipe cubierto de ricas vestiduras.

A su lado vense colgadas las relucientes armas, que tantas veces blandió su férreo brazo en cien combates, y degollado su fiel caballo de batalla, y sobre el mortuorio lecho aparecen esparcidos ricos objetos de oro y plata. A los pies del cadáver y presa de inmenso dolor está sentada la joven y hermosa favorita del caudillo que, destinada a morir, coge con mano convulsa el vaso que un repugnante viejo, cuya diestra blande afilado puñal, ha llenado de mortal veneno: dos leales siervas lloran desesperadas el terrible y cercano fin de su bondadosa princesa.

Más abajo vense tres grupos que reflejan de una manera en ex-

tremo característica la índole distinta de la tristeza de los súbditos del difunto caudillo. A la derecha tres mujeres con el cabello en desorden se lamentan de la desastrosa suerte que espera a la pobre víctima de una superstición repugnante; en el centro un anciano bardo canta las hazañas del héroe que fué y a su alrededor siniestras figuras guerreras, los compañeros de combate del muerto, golpean sus escudos metálicos y con espantosa gritería procuran apagar las lamentaciones de las mujeres.

Al frente del tercer grupo un hombre casi desnudo y con el rostro descompuesto empuña la encendida tea que ha de prender fuego a la hoguera: es el pariente más cercano del príncipe encargado de la última ceremonia. Detrás de él agrúpanse la plebe que contempla ávida de emociones el espectáculo y por encima de cuyas cabezas sobresalen los ídolos de una religión tan absurda como sanguinaria.

Este grandioso asunto ha sido maravillosamente tratado por Siemiradski: todo en él es magistral, así la composición en conjunto como cada uno de los detalles que en la misma entran; el espectador se cansa de admirar bellezas, el crítico es impotente para analizarlas una por una.

oooooooooooooooooooooooooooo

Efemérides de Mayo.**Nace en Florencia el Dante.**

Dante Alighieri, el inmortal poeta florentino, el Homero Cristiano, como le llaman algunos biógrafos, nació en Florencia el 8 de Mayo de 1265, y murió en Rávena el 14 de Septiembre de 1321.

Poeta, soldado, publicista, filó-

sofo, hombre de Estado y simple ciudadano, fundador de un Arte y de una lengua; ya siendo uno de los jefes de su ciudad republicana, ya viviendo proscrito y miserable; teólogo, miembro terciario de una Orden religiosa, y fervoroso apóstol de una teoría política contraria al poder temporal de los Papas, güelfo y gibelino, condenado al fuego por un tribunal revolucionario, perseguido como hereje por la Inquisición, y colocado después de su muerte, aun en el Vaticano, entre los sabios doctores de la Iglesia, la historia de aquel hombre extraordinario, de aquel genio famosísimo, ofrece los más singulares contrastes y los más interesantes y novelescos incidentes.

Evoquemos como homenaje el recuerdo de la encantadora leyenda de su amor ideal a Beatriz, referida en su *Vita nuova* e inmortalizada en su *Divina Comedia*; las terribles luchas de los Blancos y los Negros, de los güelfos y los gibelinos, en que tan importante papel desempeñó el célebre poeta; las inícuas y bárbaras sentencias de muerte que contra él fueron fulminadas por los odios religiosos, unidos a los odios políticos; sus admirables teorías filosóficas y sus sublimes pensamientos poéticos, y, en fin, sus maravillosos presentimientos científicos, que por ese dón prodigioso de adivinación que tienen los poetas, antes que Colón habló de tierras aun no descubiertas, antes que Linneo indicó la reproducción sexual de las plantas, antes que Bacon señaló a la experiencia como fuente de las artes humanas, antes que Newton consideró la luna como causa del flujo y reflujo de los mares.

Muere en París Victor Hugo.

El 22 de Mayo de 1885 murió en París Víctor Hugo, genio su-

blime, respetado hasta por sus enemigos y admirado por sus detractores.

Las obras de Víctor Hugo y los demás hechos de su vida son harto conocidos para que, aun disponiendo de espacio, hubiera necesidad de recordarlos. Zola, en un excelente estudio biográfico-crítico del gran escritor, dijo: «En los tiempos venideros, si algunas obras de Víctor Hugo desaparecen, quedará seguramente su vida como una de las más hermosas de que haya podido gozar un hombre. Ningún conquistador, ningún Monarca absoluto ha logrado disfrutar goces de poderío tan completo.»

Siempre amó el poeta a los niños; una sonrisa de los pequeños calmó siempre sus cóleras y consoló sus dolores. «Toda mi poesía sois vosotros», decía en otros tiempos a sus hijos.

Es cierto. Víctor Hugo ha cantado, mejor que todo, esas almas que se despiertan, esas flores de carne que se entreabren: los niños... Él ha sido el poeta de la patria gloriosa o vencida; el poeta del guerrero que combate o del soldado que muere; el poeta del color en *Las Orientales*; el poeta de la dicha íntima, del amor leal en *Las Hojas de Otoño*; el poeta del ensueño amoroso y de la gracia juvenil en *Las Contemplaciones*; el poeta de la venganza, a modo de un Isaías republicano, en *Los Castigos*; ha tenido la grandeza en *Hernani*, la piedad en *Las Pobres gentes*, la ternura sacrificada en el desenlace de *Los Trabajadores del mar*, el brío militar en *El Noventa y tres*; pero por cima de todo eso, mejor que todo eso, ha expresado, ha pintado, ha cantado, ha inmortalizado esa poesía que vive, que corre, que ríe, que brilla; esa poesía adorable y adorada que tiene ese hermosísimo nombre: *El Niño*.

EL PATRÓN DE MADRID

San Isidro, Labrador

La exposición pública de los restos del Santo Patrono de Madrid, en la Catedral de San Isidro, ha sido un acontecimiento, que ha reclamado en este mes la atención pública en Madrid.

Acordada por el Cabildo la exposición de los milagrosos restos, puede asegurarse que todo Madrid, e infinidad de devotos venidos de fuera han desfilaro ante el Cuerpo del Santo.

San Isidro vivió a fines del siglo XI y la mayor parte del XII, sin que sea posible determinar con absoluta precisión las fechas de su nacimiento y muerte; mas es indudable que el Santo en su dilatada vida conoció a cinco Monarcas de Castilla: Alfonso VI, Doña Urraca, Alfonso VII, Sancho III y Alfonso VIII. Su nombre y apellidos eran, según algunos historiadores, Isidro de Merlo y Quintana, siendo su origen humildísimo.

Tiénesse por cierto, que la primera ocupación de San Isidro fué la de abrir pozos en las casas, de los que brotaba el agua siempre abundante. Pero no tardó el joven Isidro en dedicarse al laboreo del campo, ocupación que debió ser la de sus padres, cultivando las tierras de D. Iván de Vargas, situadas al otro lado del Manzanares. Vivía entonces el Santo en una casita inmediata a la iglesia de San Andrés.

Tenía Isidro la costumbre, antes de emprender las labores del campo, de consagrar largo rato a la oración en las iglesias, con lo que daba siempre comienzo a sus trabajos mucho más tarde que sus compañeros. Impulsados éstos por la envidia, denunciaron el hecho a su señor, que le reprendió agriamente; y queriendo con-

vencerse del estado en que su criado Isidro tenía las labores, dirigióse una mañana al campo. Entonces fué cuando creyó ver que al lado de San Isidro había dos mancebos que guiaban dos yuntas de bueyes de inmaculada blancura. Pero la visión no tardó en desaparecer, y preguntado Isidro, contestó que sólo a Dios pedía ayuda y sólo Dios le ayudaba.

En presencia del mismo don Iván, que en una calurosa tarde le pedía agua, el Santo golpeó una piedra diciendo:

—Cuando Dios quería, aquí agua había.

Y brotó el manantial que todavía corre abundante y que venera el pueblo de Madrid.

UNA PROEZA DE AVIACIÓN

La Vuelta al Mundo

El mayor Blake, que proyecta dar la vuelta al mundo en aviación saldrá en los últimos días del presente mes. Dividirá su viaje en cuatro partes, y en cada una empleará un aparato distinto.

Ha explicado su proyecto en los siguientes términos.

—De Croydon a Calcuta, iremos por París, Roma, Atenas, Creta, Alejandría, Bagdad, Bazra, Karachi y Dolhi en un aparato De Havilland, de tres asientos, número 9, con un motor de 230 HP. Siddeley Puma. En Calcuta nos trasladaremos a un hidroplano Faircoy, con un motor de 360 HP. Rolls Royce. En este aparato volaremos por Rangoon, Bangkok, Saigon y Hong Kong, al Japón. Allí seguiremos por Petropaulosk y las islas de Aleutianas a Alaska y Vansouver. Esta será la parte más difícil del viaje, porque encontraremos mal tiempo en Burma y nieblas en el Pacífico, en el

Norte. En Vancouver cambiaremos a otro aparato de tres asientos De Havilland, número 9, y viajaremos por Winnipeg, Chicago y Nueva York a Terranova. En Saint John nos trasladaremos a un hidroavión Fairey, con motor Rolls Royce, de 360 HP., y completaremos el viaje por Groenlandia, Islandia, las islas Faroe a Escocia, y de allí a Londres. Pienso realizar el viaje en tres meses.

ALGO SOBRE MAPAS

Esto que voy a escribir no va para las personas versadas en estudios geográficos, pues éstas saben muy bien leer en los mapas, y los consideran como lo que son: *unos libros abiertos de una sola hoja*, pero que hay que saberlos leer. Me dirijo a las que por razón de sus profesiones, no han tenido ocasión de manejarlos con frecuencia; y que para muchos, no son más que unas *estampas* llenas de colores y de líneas que las cruzan vertical y horizontalmente, sin saber lo que representan.

Pero como me supongo que éstos serán los menos, doy de lado a las definiciones de meridianos, paralelos, ecuador, trópicos, polos, zenit, nadir, escalas etcétera, y me ocuparé solamente de las *proyecciones geográficas*, y distintos métodos de representación de ellas, de una manera empírica y sin pretensiones científicas, sin meterme para nada en las profundidades de la Geodesia.

Esta tiene por objeto, el conocimiento de la figura y dimensiones de la Tierra, y enseña con sus procedimientos de observación y cálculo, a levantar el mapa de una región superficial del Globo, determinando sucesivamente

varios puntos suyos, situándolos con relación a dos círculos máximos (ecuador y meridiano principal), y al nivel medio del mar.

Dichos puntos, así determinados por medio de esos ejes de coordenadas, constituyen una red de triángulos esféricos que se llama *red geodésica*, o de primer orden, y sirven luego de referencia a los trabajos topográficos, hidrográficos o geológicos que hayan de constituir la aplicación especial del mapa.

Estos datos, proporcionan los elementos necesarios para representar gráficamente los resultados obtenidos, que es a lo que se llama *trazar y dibujar un mapa*; y haciendo la construcción según las reglas de la Geometría, sobre una superficie de curvatura semejante a la de la Tierra, se conseguirá una imagen fiel de ella, que indicará con exactitud las distancias entre los puntos, así como la figura de los contornos y el valor de las áreas que encierran.

Mas si la representación se hace sobre un plano, la solución exacta del problema es imposible, porque no siendo desarrollable la superficie esférica, no hay medio de adaptarla a la plana, sin romperla o plegarla. De manera, que habría que recurrir a sistemas más o menos convencionales de trazado, sujetos a principios científicos, para obtener aproximadamente las representaciones.

A esos sistemas es a lo que denomina *proyecciones geográficas*, y *Cartografía* (1) a una rama importante de la geografía, que ofrece reglas prácticas para el trazado de mapas.

Existen varios de estos sistemas, propuestos por eminentes

geógrafos, aceptables todos, aplicándolos convenientemente a pequeñas regiones, pero no así, si han de comprender extensos países. Por eso merece atento estudio la elección del menos desfavorable a cada caso particular.

Es un hecho comprobado, que la figura de la Tierra se asemeja a la de una esfera algo achatada en sentido de su eje; o sea, un elipsoide de revolución, engendrado por una semi-elipse poco excéntrica, que gira en torno de su eje menor.

Aun cuando las desigualdades de la superficie terrestre, ocasionadas por las elevaciones de las montañas y las profundidades submarinas, comparadas con la estatura del hombre resultan enormes, si se las compara con el radio resultan tan exiguas, que se puede muy bien prescindir de ellas, y suponer a las superficies de los mares prolongándose por debajo de los continentes e islas, para constituir la forma general del Globo. No obstante el conocimiento de estas diferencias de alturas, interesa sobre manera en la situación geográfica de un lugar determinado; y por procedimientos diversos, se logra medir la parte de vertical comprendida entre el nivel medio del mar y un punto situado encima o debajo de él, y a esta medida se llama *altitud* de aquel punto; señalando con cota negativa a los que se encuentren en el segundo caso.

Con el favor de Dios, contando con la benevolencia del amable Director de ARMAS Y LETRAS, y con la paciencia de sus lectores, me propongo en artículos sucesivos, continuar estas lucubraciones, pidiéndoles a todos indulgencia por los defectos que en ellas notaren.

MANUEL CASTAÑOS Y MONTIJANO.

(1) De la palabra francesa *carte, mapa*, y mucho más clásico sería el llamarle *mapografía*; atento a que los primeros geógrafos griegos, dibujaban al mundo conocido por ellos, sobre lienzos, *mapas*. Aconsejo a mis lectores que prefieran este nombre al de *cartas geográficas*, que es un galicismo.

RECUERDOS DE TIEMPO VIEJO

El Empecinado

El primero de los guerrilleros modernos, en el orden cronológico, fué el «Empecinado».

Juan Martín nació en Castrillo de Duero el año 1775.

Fueron sus padres Juan Martín, natural de Fuentidueña, en la provincia de Segovia, y Luisa Díaz, de Castrillo de Duero, en la de Valladolid, labradores regularmente acomodados.

El sobrenombre de «Empecinado» lo debía Juan Martín a un arroyo o *pecina* que hay en Castrillo de Duero; por el cual a todos los hijos del pueblo los llaman *empecinados*.

Nuestro héroe, no solo aceptó con orgullo el apodo, sino que firmaba con él; y en 1814 se le permitió de Real orden que pudiera usarle en todos los documentos oficiales.

Travieso y resuelto como pocos, cuando apenas contaba a catorce años obligó a pedradas a encerrarse en la casa del Ayuntamiento a los regidores, que habían dado orden de prenderle porque le encontraron vendimiando una viña, o lo que es lo mismo: ejecutando una diablura de muchacho.

A los dieciocho años cayó soldado, y habiéndose negado tenazmente a que sus padres le librasen del servicio, porque tal sacrificio era la ruina de su familia, ingresó en el ejército e hizo valientemente toda la campaña del Rosellón contra los franceses.

Terminada la guerra, volvió a Burgos, donde se enamoró de Catalina de la Fuente, con quien casó, estableciéndose en Fuentecén, de donde era su esposa.

El «Empecinado», como buen castellano viejo, era algo serio, taciturno y reflexivo; pero al mis-

mo tiempo sencillo, ingénuo y de un corazón tan noble y generoso, que en varias ocasiones su bondad estuvo a punto de perderle.

Indignado como buen español de la taimada conducta de los franceses, en Abril de 1808 se lanzó al campo en compañía de Juan García, joven de diez y seis años, natural de la villa de Cuevas, a una legua de Castrillo de Duero, y de otro convecino; dispuestos los tres a pelear por la independencia de la patria.

Desde luego eligió los términos de los pueblos de Fuentenebro, Caranvías, Castrillejo, Onrubia, Gumiel e inmediaciones de Aranda de Duero, para campo de sus operaciones; y con las escasas fuerzas que pudo reunir, detuvo correos, interceptó convoyes, prendió a soldados franceses rezagados, aprovechando las ocasiones propicias para causar todo género de daño al enemigo.

Con su guerrilla, que en breve fué numerosa, tomó parte en el combate de Cabezón, sosteniendo la retirada; y después peleó como un héroe en la desgraciada batalla de Rioseco, mandada por el general Cuesta.

Auxilió al célebre cura Merino en la toma de Roa; y como recompensa, por los pliegos que con peligro de su vida llevó a Salamanca al general inglés Moor, que había venido a España a pelear contra Napoleón, le entregó éste mil duros que el guerrillero empleó en adquirir caballos y monturas para sus compañeros de glorias y fatigas.

Tornó a su país y en el mes de Diciembre alcanzó en Fuentidueña a cuarenta dragones que habían salido en busca de viveres, y los pasó a cuchillo al mismo tiempo que obligaba a la guarnición francesa de aquella villa a permanecer guarecida detrás de sus muros.

A pesar de las infinitas colum-

nas que le persiguían, ni era alcanzado, ni su actividad cesaba; ni dejaba de hacer todo el daño que podía a los invasores.

Con su guerrilla, que por entonces ya constaba de 150 ginetes, se internó en la provincia de Segovia, apoderándose de dos cargas de plata que habían robado los imperiales, y que al pronto mandó enterrar, entregándolas después al intendente de Guadaluajara cuando pasó a aquella comarca.

En muy pocos días quitó a los franceses cien caballos, y les hizo 300 bajas entre heridos y muertos figurando en el número de los últimos el general Chi, ayudante del rey intruso José Bonaparte.

En los meses de Enero y Febrero de 1809 recorrió el «Empecinado» los partidos de Aranda de Duero, Sepúlveda, Pedraza y Santa María de Nieva, siempre incansable y siempre victorioso.

Los imperiales, al ver que las fuerzas enviadas en su persecución, a pesar de ser tan numerosas, no podían darle alcance, se apoderaron de su indefensa madre para ver si de este modo obtenían su sumisión.

Pero ignoraban con quien tenían que combatir.

El «Empecinado» había hecho muchos prisioneros, y al tener noticia de que su muy querida madre había sido apresada y conservada en rehenes, mandó decir al general que había cometido aquella inicua acción, que si no era puesta en libertad inmediatamente, fusilaría a cien franceses de los que tenía en su poder, y que seguiría fusilando de ciento en ciento a cuantos prisioneros hiciera.

Convencido el general francés de que Juan Martín cumpliría su promesa, dejó en libertad a la buena señora y prosiguió con mayor empeño la persecución del indomable guerrillero.

un buen jinete

hace un buen

Caballo

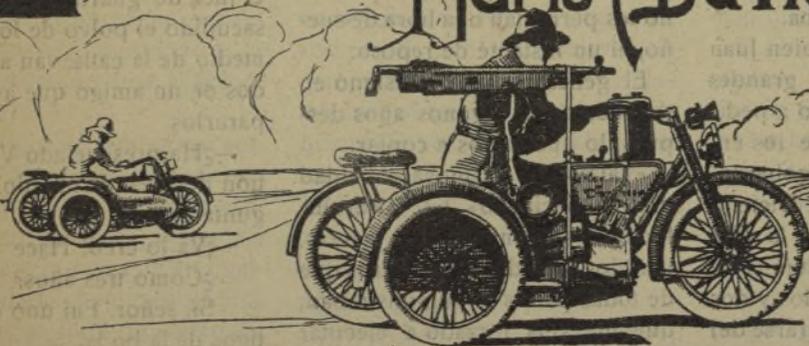
*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante. Velox
Anticólico F. Mata**



LA MOTOCICLETA MILITAR
es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J.A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

ARMAS Y LETRAS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES ·
DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS ·
CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES · CIENTÍFICAS

DIRECTOR-PROPIETARIO: VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS:
CALLE MAYOR, NÚM. 86
APARTADO DE CORREOS 886

AÑO III NÚM. 33

MAYO 1922

Precios de suscripción
Trimestre... 3,75 ptas.
Semestre... 7,50 >
Año..... 15,00 >

EXTRANJERO
Semestre... 12 00 ptas.

Administrador: JOSÉ VALERO DE BERNABÉ

SUMARIO

- Impresiones.**—El mes de Mayo. Gajes del madrileño. El duro sevillano.
- Cuentos escogidos.**—Una broma, de Vicente Pla. Las hojas secas, de Gustavo A. Becquer.
- Vulgarizaciones científicas.**—Los mapas, por Manuel Castaños.
- Poesías.**—Desfila un batallón, de Pilar Zamora. Destellos heroicos, de Abelardo Arce.
- Informaciones de actualidad.**—S. M. el Rey. El maestro Ramón y Cajal. El héroe de Tazarut. Una corazonada.
- Aviación.**—El monoplano, avión de transporte.
- Automovilismo.**—Automóviles para marchar sobre la nieve.
- Página de arte.**
- Andante española,** por el teniente coronel García Pérez.
- Cuentos de "Armas y Letras,"** por Antonio Golluri.
- Excursiones de placer.**—A cazar gaviotas...
- Viajes.**—El paisaje japonés.
- Novela.**—Lazarillo español, por Ciro Bayo.
- Anécdotas, curiosidades, notas útiles, entretenimientos, etc.**

INTERESANTE

Al objeto de poder normalizar nuestras fechas de salida, el presente número de ARMAS Y LETRAS tendrá el carácter de extraordinario aumentando el número de sus páginas. En lo sucesivo ARMAS Y LETRAS aparecerá puntualmente los días 15 y 30 de cada mes.

LA MARINA MERCANTE ALEMANA

Durante los diez primeros meses del año último, Alemania ha aumentado su flota con 114 vapores, que representan un total de 621.872 toneladas. En este total no están comprendidos los barcos con desplazamiento inferior a 1.000 toneladas, ni los veleros.

El expresado total se descompone del siguiente modo:

Nuevas construcciones, 71 unidades, con 402.371 toneladas.

Readquiridos en Inglaterra, 25 buques, con 129.288 toneladas.

Comprados en Suecia, 18 buques, con 90.213 toneladas.

A estas cifras hay que agregar el *Antonio Delfino*, de 14.000 toneladas, botado en noviembre último en los astilleros Vulkan, de Hamburgo, y que ha salido recientemente para la América del Sur.

Entre los nuevos barcos, sólo dos exceden de

12.000 toneladas; siete llegan a 12.000, como el *Ludendorff* y el *Hindenburg*, de M. Hugo Stinnes; seis de 10.000, y 35 oscilan entre 6.000 y 9.000.

A la cabeza de las Compañías figura la Hamburg-América, que es propietaria de 11 de esos nuevos buques.

Al propio tiempo que a su flota mercante, Alemania presta gran atención a la industria pesquera.

En el puerto de Geestemunde se están realizando importantes obras, valuadas en 20 millones, y su flota de pesca es más numerosa que la que poseía antes de la guerra mundial, dando rendimientos tan pingües, que la cantidad de pescado desembarcada excede en 20 millones de quintales de la obtenida en los años anteriores al 1914.

Merced a la depreciación del marco, se exportan a Holanda en grande escala los productos de esta industria. Y en la nueva estación pueden ser abarrotados de pescado fresco 12 trenes a la vez.

SECCIÓN DE CONSULTAS

Melilla.—S. G.—En el Instituto Reus, Preciados 23, principal, Madrid.

Monforte.—S. R.—Es requisito indispensable poseer la placa o pensión de cruz, para tener derecho; que lo solicite por si se le conceden.

Reus.—J. L. G.—Se hará la modificación. No hay hasta ahora nada de lo que pregunta.

Larache.—J. C.—No se sabe cuando será la convocatoria. Libro de texto o apuntes no hay. Puede ver el programa último publicado por Real orden de 9 de Noviembre 1918 (D. O. núm. 253).

Larache.—Un africano.—No se sabe la fecha de la convocatoria. Vea la R. O. de 9 de Noviembre de 1918 (D. O. 253).

Ras Medua.—S. M. A.—Figura anotado Rafael Valenzuela en la escala de cornetas como hijo de veterano sin servicio en filas. No puede precisarse cuando ingresará. Gracias.

Porcuna.—A. L.—A. L. tiene papeleta y no se pue-

de precisar cuando será destinado. Modesto figura ne la escala condicional para guardia de caballería, con la estatura de 1'654 mm. faltándole 23 para lo reglamentario.

Salamanca.—L. P.—Figura anotado en la escala de cornetas sin servicio en filas con el núm. 4. No se sabe cuando ingresará.

Melilla.—A. C.—Hace el número 59.

Melilla.—A. M. M.—No tiene derecho por no llevar tres años en su Cuerpo.

Valencia.—N. de F.—Hace el número 105.

Logroño.—S. P.—Tiene papeleta y no puede precisarse cuando será destinado.

Larache.—J. B. G.—Tiene papeleta y no se puede precisar cuando será destinado.

Jabugo.—A. D. M.—Hace el número 48.

Melilla.—F. C. C.—Diríjase a la redacción de la escalilla, pidiendo subsanen el error y le complacerán.



El mes de Mayo se personifica en un joven vestido con un traje verde salpicado de flores, que adorna su cabeza con una corona de verdura.

Este símbolo alude a la festividad de la tierra en esta época del año, así como el vestido y sus adornos, representan el verdor y los matices que esmaltan la tierra en Mayo.

Todos los pueblos celebran el mes de las flores, en que la Naturaleza ostenta todas sus galas y algunos le rinden homenaje.

Los romanos celebraban el día 21 de dicho mes, las fiestas llamadas del *refrigerium* o expulsión de los Reyes.

Es costumbre popular vigente, aun hoy en algunas regiones de Alemania, el llamado «noviazgo de Mayo», según la cual, en la noche de la festividad de Santa Walpurgis, los jóvenes de ambos sexos, cantando y al compás de chasquidos de látigo, se dirigen a una colina próxima a la población, y llegados a ella se subastan las muchachas, canturrean esta frase: «hoy en feudo, dentro de un año en matrimonio».

El dinero ofrecido por el mejor postor se guarda para la fiesta de Mayo. La muchacha elegida (novia de Mayo), puede rechazar al postor, pero si lo admite, acepta el ramillete de flores con que le brinda, y lo coloca en el sombrero, y contraen ambos la obligación de ir de novios durante todo el año y no bailar con otra pareja.

Los jóvenes contraen otras obligaciones secundarias, como la de plantar el árbol de Mayo frente a la ventana de la novia.

Semejante a esta es la fiesta del día de San Valentín en Inglaterra, tomando los nombres de Valentín y Valentina respectivamente los dos que forman la pareja.

También tenían una costumbre parecida los Venetos, con la particularidad que la cantidad que ha-

bía ofrecido el mejor postor para la más hermosa de las muchachas, servía para adquirir el equipo de la novia más fea, haciéndola de este modo más codiciable.

En Santiago de Compostela los niños de los barrios extramuros organizan en Mayo cuadrillas corales de cuestación de las Mayas, para lo cual, disfrazan a un niño con un capisayo adornado de flores, y le ponen en la mano un bordón florido.

El niño comienza la cuestación con las palabras *¡Cantarán o Mayol*. A esto los otros niños que forman la comparsa llevando con palos el compás responden:

¡E mais hen cantando! Que mexa de pé...
Est'e o Mayo ¿Es vistel o Mayo?
O Maiño e ¿Es vistel o hen? etc.
Est'e o Mayo

La melodía de esta canción es sumamente sencilla y a manera de sonsonete:

En algunas regiones andaluzas se entonan unas canciones cuyas primeras coplas dicen así.

A cantar er Mayo Usted que nos oye
Señora, venimos, No nos dice nada,
Y para cantarlo Señor que tendremos
Lisensia pedimos. La lisensia dada.

El día de la Santa Cruz, se celebran cuestaciones por los niños para adornar las cruces. En Cataluña se pide con estas palabras: *Senyor galán, que te la cara de diamant un dineret per Santa Creu*.

En tierras de castilla cantan los niños.

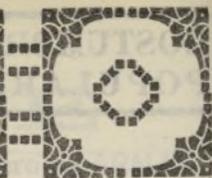
Comencemos a cantar Aunque soy el Mayo
En el nombre de Jesús, Y visto de flores,
Comencemos a Cantar Ahí viene San Juan
El día de la Santa Cruz Que las trae mejores.



DEL CERCA-
DO AJENO

UNA BROMA

CUENTO, por Vicente Plá.



En casa de Francisco, en la taberna del *Sirialót*, era donde se armaba la partida.

Pepe *Rata*, tóni el de *Chimeta*, chuano el *Carniser* y Huiso *Zalála*, componían el cuarteto para el tute.

Todos los domingos del año, mas las fiestas, ya se sabía: ni precisaba aviso. Dando las tres, en el *Sirialót*. Jamás faltaron.

A su llegada a la taberna, no paraban: dirigíanse rectos a un cuartito habilitado para el caso: su reservado. El tabuco, inmediato a la entrada, era mezquino, mal oliente, con luz escasa que por una sola ventana recibía; sin embargo, para ellos, la misma gloria. Allí olvidaban lo corto de las cosechas, el último pedrisco que asoló los campos, la dolencia del cerdo, el próximo parto de la mujer... ¡Allí, no había más que tute!

Al entrar, tendían una manta sobre la mugrienta mesa, ocupaban cada cual su respectivo puesto y... al avío. Poco después, llegaba el tabernero con un *porrón* de vino, enorme, a colmo; dejábalo inmediato a los jugadores en otra mesita más pequeña, y desaparecía, igual que entró, mudo, silencioso. Al salir, entornaba la puerta con cuidado, no fuese que algún curiosón molestase a los amigos.

Los cuatro contertulios pasaban allí la tarde entera.

—¡Veinte de oros!—decía uno de cuando en cuando, interrumpiendo el monacal silencio.

—¡Arrastro!—retrucaba otro.

—¡Fallo!—respondía el de más allá.

Jugaban con verdadera unción a pesar de que interesaban poca cosa: unos céntimos. Defendíanlos con rabia, con encono, como si se tratase de cantidades fabulosas. Una jugada difícil, se meditaba mucho; si había algún renuncio, los comentarios eran violentos.

El que repartía las cartas no jugaba: aprehendía el *porrón* y durante unos segundos... escudriñaba las telarañas que hubiesen en el techo.

De tarde en tarde, ronda de cigarros. Suspendían el juego unos minutos. Hablaban de las últimas jugadas. Prendían fuego.

—¿Quién es mano?—demandaba uno.

Y proseguían de nuevo la partida.

Al menguar la luz, retornaba el tabernero sin llamarle. De un clavo pendía un candilejo, les renovaba la ración de vino y se escurría otra vez, cerrando la consabida puerta.

Al dar las ocho, cesaba la partida. ¡Cada mochuelo a su olivo!

Salían siempre igual.

—¡*Ché*, qué tute el de Huiso!

—¡Si tú hubieras seguido con los bastos...!

—¡Para cuarenta *ful*, las de Pepe: de sota y... piel!

—¡Sí! Una *chamba*...

Acompañábanse hasta sus casas. Primero dejaban a Chuano: vivía cerca, en la calle Mayor. Después, se despedía Tóni: su casa se hallaba junto a la Iglesia. Los otros dos, descendían la cuesta del barranco, subiendo al barrio de Vistabella: a la entrada, en la segunda casa a mano izquierda, quedaba Huiso, El último, Pepe, residía dos puertas más allá.

Y hasta el domingo próximo, si es que no se terciaba alguna fiesta entre semana.

En el pueblo se conocía de antiguo la partida. Los del tute, llamábanles comunmente, y algunos más malévolos, exageraban la ironía apellidando a Huiso el *Rey de copas*, por lo borracho; *el de bastos*, a Tóni, por las frecuentes palizas con que obsesquiaba a su mujer; *Rey de espadas*, al *Carniser*, por su oficio, y *el de oros* a Pepe el *Rata*, por ser, entre todos, el de más posibles.

Los parroquianos del *Sirialót*, curioseaban a veces la partida, entrando en el cuartito donde se hallaban los del tute. Algunos permanecían con ellos largo rato, interesándose en las diversas alternativas que ofrecía el juego. Entre aquellos curiosos, asistía un viejo, el *agüelo Colom*, que aficionado al tute, lamentaba no ser de la partida. Los días que Huiso estuvo grave, jugó con los otros formando el cuarto punto. Pero no les servía: de mucha edad ya, sorprendíale el sueño, bien jugando, bien cuando actuaba de mirón, y sus ronquidos, como silbar de fuelle, escuchábanse desde fuera del cuarto. Dábanle con el codo.

—¡Mire, *agüelo*, qué cartas!

—¡Con eso, iba yo solo!—respondía, fingiendo que estuvo atento al juego.

Y al instante, recomenzaba su modorra y sus ronquidos eran mayores, como caño de desagüe que se aranca.

Un día, Huiso *Taldla*, miró a sus compañeros, y señalando al viejo *Colom*, que doblaba la cabeza iniciaba la quinta o sexta siesta de aquella tarde, les dijo:

—¿Le damos una broma?

Interrogaron los otros con la mirada.

Huiso, en voz baja, expúsoles su ocurrencia.

Asistieron.

—¡Buena idea!

—¡A ello!

—¡De seguida!

Levantáronse dos con sumo tiento: uno de ellos, cerró con cuidado la ventana, tapándola además con unos trapos, evitando penetrarse la luz por los resquicios; el otro, llegándose a la puerta, cerró el pestillo y por debajo, apelonó una manta cubriendo las ranuras.

Quedó el cuartucho en total obscuridad.

Con gran cautela, tornaron a sus puestos ambos jugadores.

Los ronquidos de *Colom*, en progresión creciente, repercutían como pródromos de tormenta.

El que estaba sentado junto al viejo, dióle fuerte

codazo, despertándole; en tanto que los demás amigos decían, de acuerdo con lo que les previno Huiso:

—¡Veinte en copas!

—Espera que no lo cantas: te falló con el tres.

—¡Qué lástima...! ¡Mire, *agüelo*, mire con que cartas me lo birlan!

Creyó el viejo soñar al despertarse... Oyó las voces de los que fingían jugar... Miró en la obscuridad... Se restregó los ojos... Volvió a abrirlos. Y con lastimoso grito, clamó desesperado:

—¡*Sego*...! ¡*Estic sego*...!

Los cuatro *Reyes* soltaron alegre carcajada.

Al abrir el ventanuco, dando fin a la broma, el infeliz *Colom* yacía desmayado, tendido en el suelo sobre las baldosas...

DESTELLOS HEROICOS

En la reciente hazaña del
soldado guipuzcoano, Eugenio
Altuna.

Crecen del encuentro
que surge violento,
las siniestras notas
de hazañas cruentas.
Se alumbran brillantes:
bórranse en instantes,
entre el claro-oscuro
que vibra al chasquido,
la humarada envuelve
y el eco difunde,
ahogando implacable
cual triste gemido.

Por sobre la horrenda
sañuda contienda,
reaparece altiva
la vieja leyenda,
yérguese imponente,
flotando entre blondas,

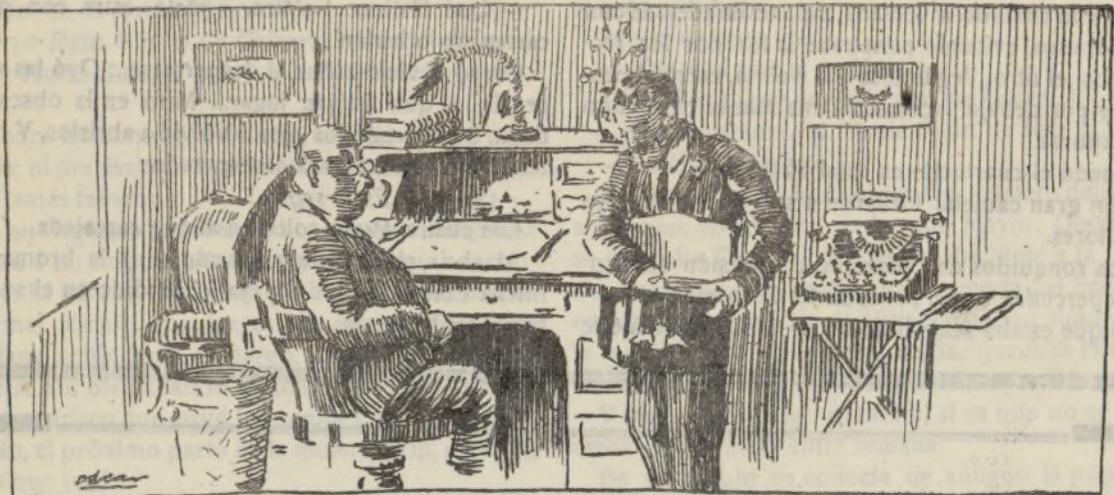
de encaje ondulante;
blancas nubecillas
que yenden furiosas,
terribles descargas.

Reaparece altiva
la vieja leyenda.
De un vasco modesto,
su aliento indomable,
escribela al punto
que acecha la muerte.

Nueva ejecutoria
que adorna a Vasconia,
lleva a nuestras armas
con nuevo fulgor,
la nota brillante,
de intenso esplendor.

ABELARDO ARCE MAYORA.

LOS ENCARGOS, CON SELLO DE RECARGO



Es cosa sabida que todo residente en Madrid tiene, además del empleo, destino, trabajo u ocupación que le proporciona los medios de vida, el cargo honorífico de agente de negocios de los amigos, conocidos, compañeros y paisanos que residen en provincias. Y si su nombre es conocido, su influencia notoria o su bondad axiomática, entonces basta y sobra con ser ciudadano español —aunque no se figure en el censo— para escribirle pidiéndole algo.

Este «algo» es de lo más elástico que puede darse: no hay límite ni para el asunto, ni para el lugar donde es preciso diligenciarlo.

«Los amigos son para las ocasiones—me dice uno—; así que espero te pases «hoy mismo» por Gracia y Justicia y pidas el certificado de antecedentes penales de Pedrín, que lo necesita para unas oposiciones; dime cuánto son los derechos, para mandarte el dinero.»

«Laurita ha dado a luz—dice otro—un robusto infante; tú que tienes influencia, publica la noticia en varios periódicos.»

«Mañana o pasado llegan esa—éste emplea la vía telegráfica—mis cuñados; espéralos estación, busca fonda cerca tu casa y especialista vista; avísame telégrafo llegada.»

Esto es auténtico y pocos serán los que no puedan mostrar documentos análogos.

«No es favor lo que pido; es justicia—me decía un paisano en carta de tres pliegos—; ya habrá llegado el expediente; visita al ministro y cuéntale el

atropello; ponte al habla también con nuestro diputado, que ya está en antecedentes; mándame copia de lo que ha informado la parte contraria...»

El mismo día, otro simpático amigo de la infancia me pedía una recomendación para que torease en Madrid—en Tetuán de ningún modo—un primo de un sobrino de su mujer. En otra tercera carta, me pedía un señor que no conozco su partida de casamiento; un cuarto, que le publicasen en una revista el retrato de su niño, que había *sacado* sobresaliente en el primer año de piano; y un quinto—¡y dicen que no hay quinto malo!—que le buscase «un destino *decente*, porque estaba harto de vivir en el pueblo».

Con un poco de buena voluntad, íbamos saliendo adelante en nuestro inevitable cargo honorífico de *agente*; por lo menos, contestábamos sendas cartas —una de cal y otra de arena—, dejando medianamente satisfechas a nuestras relaciones; el *cultivar* nuestra amistad no nos salía muy caro, gracias a la franquicia postal que disfrutábamos..., porque, ¿quién no tenía un amigo, ya fuera de la categoría de minifro o de la de mozo de oficio, que dejara de brindarle el favor de cursarle las cartas?

Pero hace ya más de un año que se suprimió la franquicia, y el cargo de agente tiene un nuevo *gaje*.

No es sólo visitar al ministro, buscar un especialista, bajar a la estación, sacar certificados, recomendar asuntos, publicar retratos...; ya es algo más tras-



van a ninguna parte! Lleva razón; pero multiplique por 10, por 100, por 1.000, y los verá crecer como la espuma.

A pesar de esto, les queda una salida a los que nos utilizan para seguir disfrutando de agentes en la corte; vean lo que puede hacerse:

Primero. Solicitar del Gobierno franquicia para las cartas que salgan de Madrid.

Segundo. Que nos asignen a cada uno de los residentes en la villa y corte 500 pesetas mensuales, como se hizo con los Diputados y Senadores; y

Tercero. Enviarnos sello para la contestación, siempre que nos pidan algo. Esto es lo más rápido y seguro...; porque si no...

¿Recuerdan ustedes aquel cuento baturro?

El tío Melchor iba a las fiestas del Pilar de Zaragoza, y todo se volvían encargos.

—Tío Melchor, no se olvide traerme la albarda...

—¡Bueno!

—Tío Melchor, las tres maceticas y el escapulario...

¡Bueno!

—¡Tío Melchor, las angarillas...!

—Tío Melchor—le dijo un mocoso—, tome usted diez céntimos y mi trae un pito.

—Bueno, mañico—contestó el tío Melchor—, traí la perra... ¡tú chuflarás!

Eso decimos hoy por acá; manda el sello y recibirás contestación.

RAGIRO

cidental: es gastarse 20 céntimos en cada carta que se conteste por ahora; 25 cuando se aprueben los presupuestos.

¡Veinte céntimos— dirá alguno indignado— no

Expedición aérea al Polo Norte

El primero de Junio próximo, el Capitán Roale Amundsen, descubridor del Polo Sur, saldrá de América, decidido a la conquista del Polo Norte.

No se limitará el heroico explorador a reconocer territorios a pocas millas en derredor, sitio donde el barco se detenga por imposibilidad material de avanzar en los desiertos de hielo, sino que merced al auxilio de dos aeroplanos podrá examinar espacios muy vastos.

Pero no quedará nunca aislado del resto de la tierra; por medio de la telegrafía sin hilos, se comunicará cuatro veces cada día con Washington. Durará la expedición cuatro o cinco años.

Los aeroplanos elegidos para la expedición son monoplanos de metal.

Amundsen cree que el monoplano con su buque «Maude», le permitirá realizar salidas a grandes distancias de la base de operaciones y enviar avisos

sobre las montañas de hielo y corrientes peligrosas que deben ser evitadas.

En Avro, Amundsen tomará un aeroplano explorador para usarlo solamente en los espacios inmediatos al barco.

El monoplano tendrá una cámara capaz para once personas, conducirá grandes depósitos de combustible y provisiones de boca e irá provisto de «skis», ruedas o pontones, en forma que pueda aterrizar sobre cualquier superficie.

Estima el explorador que con el auxilio de los elementos de que va acondicionado llegará al polo Norte, y desde ese extremo de la Tierra, realizará excursiones en derredor del eje terrestre, en latitudes superiores a 190 kilómetros.

Al llegar a Nome, Amundsen tomará diez servidores más para ir a Spitzbergen, con víveres suficientes para siete años.

EL DURO SEVILLANO

Tengo sobre la mesa un duro; no es un duro corriente, de esos que «se hacen polvo» si su dueño toma unas cañitas de cerveza, se come unos pastelitos o manda cantar a un ciego; porque ahora, se va un duro al galope.

Se acabó la jerarquía omnipotente del duro; aquella frase que pintaba al tío jacarandoso que «lleva un duro en el bolsillo para alternar», pertenece a la Historia; hoy con un duro no alterna usted ni en el cafetín del *Guripa*, ese castizo antro, donde hace años tenían un loro que cantaba la Marcha Real cuando algún parroquiano pagaba al contado una consumación por valor de dos perras gordas.

Mi duro no es de esos; mi duro, según diez o doce peritos que ayer lo tomaron a pulso, es el más auténtico e inconfundible *duro sevillano*, que alterna en Madrid; más que duro, es un talismán.

En apariencia, es un duro como otro cualquiera; lo mira usted de cara, de cruz y de canto... y nada: un duro a secas...

Pero así como hay morenazas que tienen la gracia en unos hoyuelos muy chiquitines que se le dibujan en las mejillas cuando se rien, así mi *duro* tiene la gracia en la tilde del 5.

Parece mentira; pero ahí está el toque: en vez de ser la tilde curva es recta; la cosa parece que no tiene importancia, pero pruebe usted.

Entro en un estanco y pido una caja de cerillas de cocina (yo en domingo no pido fuego en la calle a los transeúntes, porque los domingos, las masas, como se han lavado la cara y se han puesto calcetines limpios, están insoportables de presumidas).

Me guardo la caja y tiro de duro; el estanquero, sin sonarlo, ni mirarlo, lo clava con disimulo una uñita en la tilde del 5, y me le devuelve muy ceremonioso:

—¿No tiene usted otro? Porque éste...

—Hombre, ¿usted cree que si llevara yo dos duros me hubiese apeado del «auto» para adquirir cerillas? Lo siento; pero no llevo más que ese... ¿Es falso?

—No; falso, no...; es un «poquito» sevillano... Pero llévese las cerillas...; ya volverá el señor...

Me envaino el duro y en marcha.

Entro en un bar.

—Un refresco de plátano.

Me lo sirven, lo trasiego y tiro de duro...

Lo pellizca el del mostrador y me lo endosa con esta fórmula:

—Es sevillano.

—Pues no tengo otro, le contesto con cara de pocos amigos (ya me va a mí picando que lo hayan tomado con el durito).

—Entonces, nada—me contesta—, ya volverá el señor.

Me envaino el duro, y a la calle.

Me siento en un puesto de horchata.

—¡Eh, ché, tráete uno grande de cebada y limón! y tiro de duro, ya con algún recelo...

—El de Crevillente, ni lo mira ni lo araña; este simpático horchatero los conoce en el olor; me lo rechaza suavemente, sin tocarlo, debe tenerlos pánico.

—Es «muy» sevillano—me insinúa sonriente—; pero no se apure el señor... ya pagará cuando guste; aquí estamos hasta octubre...

Asalto un tranvía.

Me dá el cobrador el billete, y como si le hubiese picado, me dá también el duro apenas lo toca.

—Si me hace el favor de otra moneda...

—¿Es sevillano? ¡Caramba! ¿Y en qué conoce usted que es sevillano?

El cobrador, que es muy amable, me explica detalladamente lo del tilde; interviene un viajero, que dice que él los conoce en el tupé; un segundo viajero palpa el duro y agrega que él cree que no es sevillano; un guardia interviene, filosófico, con un «¡vaya usted a saber cuáles son los falsos!»... y en esta amable discusión llego frente a casa, mando parar el tranvía... y aquí me tienen con el duro sobre la mesa, que escucha como os cuento sus aventuras...

* *

Claro es que esto no puede seguir así; lo de los duros sevillanos es feo, si son falsos esos duros del tilde recto, deben ser recogidos; si no son falsos debe ordenarse su admisión.

Pero no dejarnos a merced de un señor que los conoce en el tupé ni de otro que hinca la uña en el cinco.

Porque este duro ha sido para mí un talismán; he dado con diez o doce personas decentes, que me han hartado de refrescos y me han traído a casa en coche, por mi cara gitana; pero mañana doy con un mal ángel, que me mira con retintín, a cuenta del duro..., y ese... ¡lo deglutel, palabra.

Y yo voy a la *Comi*, y al interfecto le tienen que dar uno de ricino con calomelanos para que ahueque al trianero: Y esto no debe ser.

Pero, ¿me voy yo a comer el duro?

R. G.

DESFILE UN BATALLÓN....

El clamor de los tambores que vibrante se aproxima, ha surgido de repente como un grito de alegría; y al compás del pasodoble que el paso marcial aviva, el Batallón aparece desfilando calle arriba.

El alegre sol de España en el claro cielo brilla y en los desnudos aceros vivos reflejos irisa.

Resplandecen las cornetas por la ardiente luz heridas, y surgen las claras notas, luminosas y atrevidas.

Se acercan todos por verlos con emoción contenida; viejos de cansado paso y enlutadas viejecillas, los jóvenes vigorosos, las gentiles muchachitas, y los chiquillos traviesos que ríen, corren y brincan.

¿Por qué se animan las calles cuando un Batallón desfila?

¿Por qué el paso se detiene, y los rostros se iluminan, y el corazón en el pecho late mucho más deprisa?

¿Y por qué el marcial estruendo dentro de nuestra alma vibra, mientras vemos como avanza entre las cerradas filas, ondeando en el espacio igual que una llama viva, una bandera flotante, encarnada y amarilla?

Los viejos miran atentos al Batallón que desfila, acaso porque recuerdan otros ya lejanos días, en que también ellos mismos el uniforme vestían.

Eran días imborrables, de juventud y alegría.

También entonces vivieron la marcial áspera vida; destilaron por las calles entre las notas bravías de los himnos que estremecen del alma todas las fibras; y muchos de ellos acaso, en la traidora manigua defendieron con su sangre esa bandera querida, que hablan de traer luego más gloriosa y más bendita entre todas las banderas, que lo fuera antes invicta.

Esa bandera que avanza, encarnada y amarilla.

Los jóvenes ven el cuadro de la tropa que desfila, y miran su paso firme y su aire gallardo admiran, y piensan que también ellos en un ya próximo día, formarán, fusil al hombro, entre las marciales filas; cruzarán, como los otros, por las calles concurridas, y la gente a sus dos lados hará una muralla viva, que en ellos clave sus ojos y les mande sus sonrisas.

También les seguirá entonces la mirada de las niñas, como en un imán sujeta, hasta perderlos de vista...

Y si acaso un día entonces las bélicas trompetas vibran, sabrán ir con entusiasmo a luchar y a dar su vida por la vida de la Patria, por el honor sin mancilla, de esa flotante bandera encarnada y amarilla.

Miran las viejas atentas al Batallón que desfila, y una sonrisa se muestra sobre las bocas marchitas, mientras los cansados ojos un resplandor ilumina, y alguna lágrima empaña el cristal de las pupilas.

Escuchando los tambores ellas recuerdan el día en que el hijo idolatrado partió para Morería.

Como éstos, marchaba alegre, cuando a la guerra se iba; como éstos llevaba el alma llena de noble alegría, y como éstos juró entonces dar por la Patria la vida, ... y no volvió el hijo amado de la tierra maldecida, pues quiso el Cielo con sangre de españoles bendecirla.

¡Más otros hijos quedaron, y ella, orgullosa, algún día, les oírá jurar también la dulce promesa activa de verter toda su sangre para que la Patria viva!

Y la madre piensa en tanto que sonrío y que suspira: «¡yo sé todo lo que vale, yo sé cuánto significa esa bandera que avanza, encarnada y amarilla!»

Los que con mayor empeño en los soldados se fijan, los que cuando ya se alejan, los siguen camino arriba, son, risueños y parleros, los ojos de las mocitas.

En los brillantes colores van sus miradas prendidas; para los rostros marciales son las más dulces sonrisas; todas las fibras del alma con honda emoción palpitan, y mientras ríen los labios, los corazones suspiran:

Soldadito, soldadito que marchaste a Morería, ¿no has de volver a los brazos que te aguardan noche y día? Soldadito, soldadito que eterno amor me mentías, ¿acaso te has olvidado de quién tanto te quería?

Tú que de mí le alejaste, dímelo tú, banderita, que sobre su campamento como madre le cobijas, y sobre su frente ondeas con susurro de caricia.

Tú, por quien en los combates ofrece alegre su vida, sólo por no verte nunca humillada ni vencida, ¡banderita de mi Patria, encarnada y amarilla!

Pero los más obstinados que a los soldados admiran, son los ojos de los chicos que les siguen calle arriba.

Entusiastas y afanosos, el gallardo paso imitan y delante de la tropa corren, tropiezan y brincan.

Llevar el alma vibrando en una loca alegría, llevan los ojos brillantes de una luz desconocida; y a cada paso se vuelven a las apretadas filas que avanzan rápidamente, y sobre ellos, extendida ven la bandera que irradia como una antorcha encendida.

¡Y ellos no saben por qué, pero ellos saben que un día, si ella en peligro lo pide, han de saber dar la vida por esa hermosa bandera encarnada y amarilla!

PILAR ZAMORA



El sol se había puesto; las nubes, que cruzaban hechas jirones sobre mi cabeza, iban a amontonarse unas sobre otras en el horizonte lejano. El viento frío de las tardes de otoño arremolinaba las hojas secas a mis pies.

Yo estaba sentado al borde de un camino, por donde siempre vuelven menos de los que van.

No sé en qué pensaba, si en efecto pensaba entonces en alguna cosa. Mi alma temblaba a punto de lanzarse al espacio, como el pájaro tiembla y agita ligeramente las alas antes de levantar el vuelo.

Hay momentos en que, merced a una serie de abstracciones, el espíritu se sustrae a cuanto le rodea, y replegándose en sí mismo analiza y comprende todos los misteriosos fenómenos de la vida interna del hombre.

Hay otros en que se desliga de la carne, pierde su personalidad y se confunde con los elementos de la naturaleza, se relaciona con su modo de ser y traduce su incomprensible lenguaje.

Yo me hallaba en uno de éstos últimos momentos, cuando solo y en medio de la escueta llanura oí hablar cerca de mí.

Eran dos hojas secas las que hablaban, y este, poco más o menos, su extraño diálogo:

—¿De dónde vienes, hermana?

—Vengo de rodar con el torbellino, envuelta en la nube del polvo y de las hojas secas, nuestras compañeras, a lo largo de la interminable llanura.

—¿Y tú?

—Yo he seguido algún tiempo la corriente del río, hasta que el vendaval me arrancó de entre el légamo y los juncos de la orilla.

—¿Y adónde vas?

—No lo sé: ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?

—¡Ayl! ¿Quién diría que habíamos de acabar

amarillas y secas arrastrándonos por la tierra, nos otras que vivimos vestidas de color y de luz mecidiéndonos en el aire?

—¿Te acuerdas de los hermosos días en que brotamos; de aquella apacible mañana en que, roto el hinchado botón que nos servía de cuna, nos desplegamos al templado beso del sol como un abanico de esmeraldas?

—¡Oh! ¡Qué dulce era sentirse balanceada por la brisa a aquella altura, bebiendo por todos los poros el aire y la luz!

—¡Oh! ¡Qué hermoso era ver correr el agua del río que lamía las retorcidas raíces del añoso tronco que nos sustentaba, aquel agua limpia y transparente que copiaba como un espejo el azul del cielo, de modo que creíamos vivir suspendidas entre dos abismos azules!

—¡Con qué placer nos asomábamos por cima de las verdes frondas para vernos retratadas en la temblorosa corriente!

—¡Cómo cantábamos juntas imitando el rumor de la brisa y siguiendo el ritmo de las ondas!

—Los insectos brillantes revoloteaban desplegando sus alas de gasa a nuestro alrededor.

—Y las mariposas blancas y las libélulas azules, que giran por el aire en extraños círculos, se paraban un momento en nuestros dentellados bordes a contarse los secretos de ese misterioso amor que dura un instante y les consume la vida.

—Cada cual de nosotros era una nota en el concierto de los bosques.

—Cada cual de nosotros era un tono en la armonía de su color.

—En las noches de luna, cuando su plateada luz resbalaba sobre la cima de los montes, ¿te acuerdas cómo charlábamos en voz baja entre las diáfanas sombras?

—Y referíamos con un blando susurro las histo

rias de los silfos que se columpian en los hilos de oro que cuelgan las arañas entre los árboles.

—Hasta que suspendíamos nuestra monótona charla para oír embebecidas las quejas del ruiseñor, que había escogido nuestro tronco por escaquel.

—Y eran tan tristes y tan suaves sus lamentos que, aunque llenas de gozo al oírle, nos amanecía llorando.

—¡Oh! ¡Qué dulces eran aquellas lágrimas que nos prestaba el rocío de la noche y que resplandecían con todos los colores del iris a la primera luz de la aurora!

—Después vino la alegre banda de jilgueros a llenar de vida y de ruidos el bosque con la alborazada y confusa algarabía de sus cantos.

—Y una enamorada pareja colgó junto a nosotros su redondo nido de aristas y de plumas.

—Nosotras le servíamos de abrigo a los pequeños contra las molestas gotas de la lluvia en las tempestades de verano.

—Nosotras les servíamos de dosel y los defendíamos de los oportunos rayos del sol.

—Nuestra vida pasaba como un sueño de oro, del que no sospechábamos que se podría despertar.

—Una hermosa tarde en que todo parecía sonreír a nuestro alrededor, en que el sol poniente encendía el ocaso y arbolaba las nubes, y de la tierra ligeramente húmeda se levantaban efluvios de vida y perfumes de flores, dos amantes se detuvieron a la orilla del agua y al pie del tronco que nos sostenía.

—¡Nunca se borrará ese recuerdo de mi memoria! Ella era joven, casi una niña, hermosa y pálida. El le decía con ternura:—¿Por qué lloras?—Perdona este involuntario sentimiento de egoísmo—le respondió ella enjugándose en lágrimas; lloro por mí. Lloro la vida que me huye: cuando el cielo se corona de rayos de luz y la tierra se viste de verdura y de flores, y el viento trae perfumes y cantos de pájaros y armonías distantes, y se ama y se siente una amada, ¡la vida es buena!—¿Y por qué no has de vivir?—insistió él estrechándole las manos conmovido.—Porque es imposible. Cuando caigan secas esas hojas que murmuran armoniosas sobre nuestras cabezas, yo moriré también, y el viento llevará algún día su polvo y el mío ¿quién sabe adónde?

—Yo lo oí y tú lo oíste, y nos estremecimos y llamamos! ¡Debíamos secarnos! ¡Debíamos morir y girar arrastradas por los remolinos del viento! Mudadas y llenas de terror permanecíamos aún cuando llegó la noche. ¡Oh! ¡Que noche tan terrible!

—Por la primera vez faltó a su cita el enamorado ruiseñor que la encantaba con sus quejas.

—A poco volaron los pájaros, y con ellos sus pequeñuelos ya vestidos de plumas, y quedó el nido



solo, columpiándose lentamente, y triste como la cuna vacía de un niño muerto.

—Y huyeron las mariposas blancas y las libélulas azules, dejando su lugar a los insectos oscuros que venían a roer nuestras fibras y a depositar en nuestro seno sus asquerosas larvas.

—¡Oh! ¡Y cómo nos estremecíamos encogidas

al helado contacto de las escarchas de la noche!

—Perdimos el color y la frescura.

—Perdimos la suavidad y la forma, y lo que antes al tocarnos era como un rumor de besos, como murmullo de palabras de enamorados, luego se convirtió en áspero ruido, seco, desagradable y triste.

—¡Y al fin volamos desprendidas!

—Hollada bajo el pie del indiferente pasajero, sin cesar arrastrada de un punto a otro entre el polvo y el fango; me he juzgado dichosa cuando podía reposar un instante en el profundo surco de un camino.

—Yo he dado vueltas sin cesar, arrastrada por la turbia corriente, y en mi larga peregrinación vi, solo, enlutado y sombrío, contemplando con una mirada distraída las aguas que pasaban y las hojas secas que marcaban su movimiento, a uno de los dos amantes cuyas palabras nos hicieron presentir la muerte.

—Ella también se desprendió de la vida y acaso dormirá en una fosa reciente; sobre la que yo me detuve un momento!

—¡Ay! Ella duerme y reposa al fin; pero nosotras, ¿cuándo acabaremos de este largo viaje?...

—¡Nunca!... Ya el viento que nos dejó reposar un punto vuelve a soplar, y ya me siento estremecida para levantarme de la tierra y seguir con él. ¡Adiós, hermana!

—¡Adiós!

Silbó el aire, que había permanecido un momento callado, y las hojas se levantaron en confuso remolino, perdiéndose a lo lejos entre las tinieblas de la noche.

Y yo pensé entonces algo que no puedo recordar, y que, aunque lo recordarse, no encontraría palabras para decirlo.

LAS CIENCIAS
ADELANTAN...



EL RADIOTELÉFONO

El radioteléfono, es decir, el teléfono combinado con la telegrafía inalámbrica, está cada día más difundido en América: pasan del medio millón las personas que tienen en su casa receptores inalámbricos.

Las poderosas estaciones distribuidas por los Estados Unidos, difunden todos los días por los aires, no ya mensajes de cosas necesarias, sino, valses, conferencias, sermones, diálogos, lecturas, piezas dramáticas, datos del observatorio, cambios de valores, etc. Las noches de las nevadas montañas del Canadá pueden ser amenizadas con la audición de Wágnner, dada en el *Opera House*, de New-York. La estación de Newark, New Jersey, envió no hace mucho a todo el mundo un «programa de semana»: Sermón del domingo, cuentos para niños, artículos acerca de higiene, crítica, asuntos de «cine», etc. Los vecinos de New-York reciben en su propia casa estas amenidades con un gusto insignificante.

Por medio del mismo aparato los viajeros de los buques pueden conversar con sus parientes y amigos en tierra, lo mismo que por el teléfono ordinario.

El buque *América* a 370 millas de Nueva York, mantuvo una larga conversación entre el capitán y el presidente de la Compañía de Teléfonos de Connecticut; 200.000 personas oyeron la conversación. Dentro de poco todos los buques mercantes tendrán *radiófonos*, y la Compañía de Teléfonos ha prometido a sus abonados que, en cuanto los buques tengan dicho aparato en sus camarotes, todos

podrán comunicarse por medio del propio teléfono con los que viajen a bordo. Todas las Universidades de los Estados Unidos tienen ya aparatos para que todo el mundo pueda oír en sus casas las explicaciones y conferencias dadas en sus aulas; a bordo de un trasatlántico

Una modificación interesante que se ha ensayado con éxito completo en los botes salvavidas es la supresión de la *antena*. Esta se sustituye por *una espiral* que se coloca en cualquier sitio. En algunos barcos se formó la espiral solamente con dos o cuatro alambres que salían del aparato deslizándose por el casco del barco hasta la quilla. La quilla misma *viene a ser casi la antena*.

En las instalaciones particulares se va suprimiendo también la antena, sustituyéndola por *una espiral* de alambre. Así que lo más engorroso de los aparatos inalámbricos está desapareciendo. En una casa colocaron la *espiral* en la misma cañería del agua.

Los ferrocarriles de Chicago, Milwaukee y San Pablo tienen instalado en los coches sus correspondientes *radiófonos*. Así es, que desde el mismo tren en marcha hablan y charlan los viajeros con quienes quieren, y de lo que quieren. Dentro de poco todos los trenes tendrán esta comodidad para los viajeros.

También parece que obtienen buen resultado unos aparatos de bolsillo recién inventados, que permitirá sostener una conversación entre dos personas, a varios centenares de distancia.



(Continuación).

fertilicen, de peñas y quebradas que varíen sus perspectivas; nubes de polvo en vez de húmedas nieblas, y en vez de frescas brisas, el abrasado soplo del desierto. De población a población, soledad completa, y a lo lejos la torre parroquial como el mástil de un buque en la inmensidad de los mares.

Así y todo, esa vasta extensión tiene su belleza, hasta diría sus encantos; son los efectos de luz de deslumbrante intensidad, las puestas de sol, que tan bien resaltan entre la inmensa planicie desnuda y el infinito del cielo.

Hay puestas de sol mágicas. Generalmente se muestran a ras del horizonte en anchas fajas de rosa, de talco y ópalo, que lentamente se deshacen en nubecillas violáceas y plumizas, como si el cielo se desmoronase en ígneos peñascos. La visión es magnífica, cuando, exceptuando el límite poniente, en que ya el sol, no diré trasmonta, sino que realmente se hundió como un globo de fuego o una roja bala de cañón, el resto del cielo aparece renegrido por los nimbos precursores de una tormenta. No pocas veces relampaguea en la mancha negra, y los relámpagos tocados del reflejo del sol caído, se antojan cohetes voladores de color.

A la hora del crepúsculo es cuando más enamora la llanada. La luz es más cernida; el cielo sereno, iluminado por la luna blanca y enorme. Las sombras tienden, al fin, su manto sobre la tierra, y en la obscuridad, los pastos resecaos exhalan grato y suavísimo olor.

Esta tierra es, además, para mí tierra de ensueño.

En ella doy, solo y errante, mis primeros pasos por la España vista a través del Romancero, del Teatro y de la Novela. ¿Por qué no vivir este en-

sueño? Precisamente por estos lugares anduvo el héroe de Cervantes, y ahora sigo su ruta.

Paso por Madridejos, Puerto Lapiche, el Toboso y Arenas de San Juan, y en todos estos pueblos se me representa al vivo la vuelta de Don Quijote a su aldea. Las eras, a la entrada del lugar; el cura y el bachiller, en un pradillo; Teresa y Sanchica, a la puerta de una casa; el ama y la sobrina, a la ventana de otra.

Pone el colmo a esta evocación escénica la vista de dos muchachos riñendo también en una era, así como los vió Don Quijote. Acércome a ellos y me entero de su pendencia. No es que riñeran por una jaula de grillos, sino que aquel día tocaba al mayor de ellos llevar unos condenados zapatos, que por ser de horma igual le hacían mucho daño, y a todo trance quería traspasarlos a su hermano. Este se oponía al endoso, y el otro le pegaba.

Porque es de advertir que en estos lugares siguen haciéndose los zapatos con horma igual, a pretexto de que duran más, y se castiga con pan duro y algunos azotes a los niños que, porque les duele ese bárbaro calzado, no quieren cambiárselo de pie de un día para otro.

Veo también los molinos de viento, tal como los mueve la pluma de Cervantes, y oigo los sonoros rebuznos del asno de Sancho.

Por divagar y no atender a la realidad, en poco estuvo que en uno de los villorrios saliera mal ferido.

Es el caso que en ellos van y vienen continuamente recuas de burros acarreado agua a las casas. Llevan los cántaros en un aparejo que por delante termina en dos afiladas puntas como testuz de

toro, o, si se quiere, como horca en ristre; por donde acontece que en las calles más estrechas dan un encontronazo asesino al andante que viene distraído.

Llaman a este lance «cornada de burro», la más infamante de todas, como puede suponerse. Menos mal que en la ocasión a que aludo pude evitarlo con un esguince que dió no poco que reír al aguador manchego.

Más abajo de Arenas de San Juan están los Ojos del Guadiana, sitio por donde vuelve a aparecer el río después de un hundimiento de siete leguas.

Todo por aquí son llanuras áridas, pantanos, charcos de agua verde que, en la obscuridad profunda, semejan luciérnagas inmensas; valles solitarios, campos sembrados de cardos... Ni un arbolillo seco, ni una choza pequeña destácase en el horizonte gris. Sólo los cuervos que aletean pesadamente sobre las ciénagas rompen con graznidos fúnebres la soledad de esta tierra abandonada.

El hombre rudo y osado que se aventura en ese desierto, anda legua tras legua con miedo de perder el camino real. Camina al través de la campiña siniestra sin esperanza de llegar a unas lejanías borrosas que huyen delante de él. Al detenerse solo en medio de ese páramo, imagínase ser un gigante, una estatua de sílex...

Aquellas lejanías son los perfiles de Sierra Morena; hacia la derecha y enfrente las frondosas huertas y fértiles viñedos de *Manzanares*.

II

EL DELINCUENTE HONRADO

Satisfecho con la aparición de Manzanares, y por ser aún media tarde, sentéme a un borde del camino, a pocos pasos de una casita de peones camineros. Lié un cigarro, lo encendí y, tras breve descanso, seguí andando.

Como el calor apretaba, apenas iba nadie por la carretera. Uno que otro armatoste arrastrado por un tiro de esas mulas manchegas que exceden en pujanza y hermosura a todas las de dentro y fuera de España, y algún labriego a pie o montado a la cola de un asno, con los pies tocando casi en el suelo.

En esto me alcanzó un hombre jinete en su rucio y emparejó conmigo. La escarapela del chapeo y las vueltas del cuello y solapas de la chaqueta daban claras señales de que el individuo era peón caminero.

Me miró, le miré; y por aquello que el que va a pata, y más con el polvo de la carretera, es menos

que quien va montado, díle yo el primero las buenas tardes.

—Muy buenas—respondió—. ¿Adónde se va, amigo?

—A la vista está—contesté—; a Manzanares.

—¿A trabajar? ¿A quedarse allí?

—No, señor; soy ave de paso.

—De modo ¿que no conoce usted a nadie en el pueblo, ni sabe dónde irá a alojarse?

—Esta es la verdad.

—Pues anímese usted, que a su llegada saldrán a recibirle, y aun le darán alojamiento gratis. Conque, hasta luego.

Y picando con los talones en la cabalgadura pasó de largo. Sus últimas palabras, y más que todo la sorna con que las pronunció, diéronme mala espina. Pero como tenía la conciencia tranquila, no me preocupé gran cosa.

A la media hora, llegué al pueblo. Como tenía por costumbre, tomé por norte el campanario de la iglesia, y llegué a la plaza, parándome ante la hermosa iglesia parroquial de Manzanares.

Contemplando estaba la gótica fachada, cuando sentí tocarme en el hombro.

—Bien venido—díjome el caminero, pues era él—. ¿No dije que saldrían a recibirle? A mí ya me conoce; en cuanto a mi compañero, es un guardia municipal. Ea, véngase con nosotros, y le daremos alojamiento.

Como no tenía noticia de que en Manzanares se recibiera tan hidalgamente a los forasteros, extrañé grandemente la recepción que se me hacía. Seguí a los dos hombres por una calle a la derecha de la plaza, y a poco andar paramos ante una casa grande y de buen aspecto.

Llamaron al conserje y éste salió en mangas de camisa.

—Aquí le traemos un huésped—le dijo el municipal—con la boleta para alojarlo.

Y le entregó un papel. El portero lo leyó, me miró de pies a cabeza, y dijo:

Por la pinta no es pájaro de cuenta.

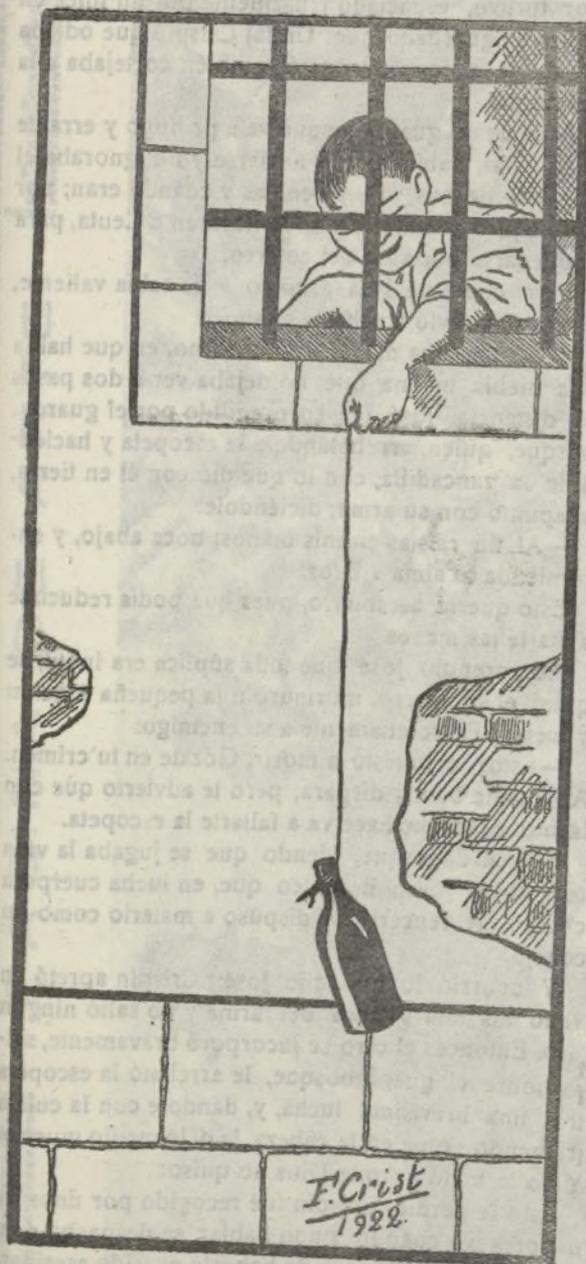
Allá veremos—repuso el guarda—. Ya lo sabe usted, amigo—añadió encarándoseme—; ahí se queda preso.

Un rayo que cayera a mis pies con tiempo sereno no me habría producido tan profunda sorpresa como estas palabras.

—¿Yo preso? ¿Por qué? ¿Por qué?—repetía en alta voz.

—Ya se lo dirán a usted mañana, si es que no lo sabe—respondió el peón—; ahora lo que más le conviene es descansar y no hablar.

Quedé anonadado. Aprovechando mi estupor, que en opinión de aquellos tres hombres sería confesión de mi delito, fuéronse el caminero y el municipal, dejándome con el conserje, el cual, tomando un manajo de llaves, me invitó a que le siguiera.



—Pero ¿es de veras que estoy preso?—le pregunté.

—Tan cierto como que está usted en la cárcel por orden gubernativa—me respondió blandiendo el papel alguacilesco.

—Al menos usted sabrá por qué me han traído aquí.

—No sé nada, compañero. No pregunto lo que me mandan. No hay que apurarse; por lo pronto aquí tendrá cena y posada gratis.

Me encogi de hombros y esperé resignado el desenlace de aquel error judicial, alcaldad o lo que fuere. Emboscamos un corredor que salía a un patio y paramos ante una verja de hierro. En un cartelón atado por alambres, lei:

Reglamento de Prisiones.

Queda prohibido a los reclusos la entrada en el establecimiento con armas y bebidas alcohólicas

Como a la vista estaba que yo no traía unas ni otras, el celador se ahorró la requisa. Abrió la verja, pasamos un rastrillo, subimos una escalera, y allí en el fondo de un pasadizo metió la llave en una puerta con cerrojo.

—¡Verá usted qué jaula tan alegre!—díjome al abrirla—. Le advierto que hay otro pájaro dentro.

Y vi una cuadra muy holgada, sin más ajuar que una ringlera de camastros en banquillos, una tinaja y un zambullo. Entraba la luz por dos ventanas grandes, reforzadas por barrotes de hierro.

—Eh, José—dijo el celador, cerrando la puerta desde adentro—; ahí te traigo un compañero.

En uno de los camastros se incorporó un hombre joven, en quien no me había fijado hasta entonces.

—¡Recontra, ya era hora!—exclamó—; cansado estoy de estar solo.

—Pues ya no lo estás—repuso el guardián, sentándose tranquilamente en el camastro de al lado, sobre el que puso además el manajo de llaves—. Ea, albricias, convida a un trago.

—Está seca la botella—contestó el recluso—, pero se llenará.

Saltó del camastro y se puso en pie. Vi que era un mocetón fuerte y bien plantado. Cogió una botella, y acercándose a la ventana más próxima, dió una voz:

—¡Señor Paco, señor Paco!

El señor Paco sería el tabernero de enfrente, porque a seguida añadió el preso:

—Ahí descuelgo la botella. ¡Qué esté fresco el vino!

José ató la botella en un cordel que estaba atado en unos de los barrotes y la fué bajando con tiento. Con mayor cuidado la hizo después, y al término de la faena nos convidó a beber. Tocó la trompeta el primero el celador, luego yo y José el último, dejándolo la botella en el suelo.

—Acaba de convidar, hombre—dijo el guardián,

limpiándose la boca con el revés de la mano—echa un cigarro.

Creíme obligado a meter baza, y oferté mi petaca. El celador encendió un pitillo, tragó una bocanada de humo, volvió a dar otra chupandina a la botella y fué, dejándonos encerrados.

Con menos angustia de lo que pudiera creerse, tratándose de uno que por primera vez en su vida, se ve encarcelado, me senté en el camastro, junto al de mi compañero. La verdad es que aquello no parecía calabozo, ni mucho menos, y sí, más bien, una cuadra de cuartel. Los rayos del sol poniente entraban de soslayo por las abiertas ventanas y subían hasta nosotros los ruidos de la calle.

—¿Qué hazaña le ha traído a usted aquí?—me preguntó el mozo.

—Ninguna, que yo sepa—contesté—. Acabo de llegar a pie por la carretera y me han detenido en la plaza.

—Por vago no será, porque si no esto estaría lleno—replicó él, aludiendo a la estancia—. Como que este Manzanares es el punto de cita de todos los vagamundos de España que, como moscas a la miel, acuden al olor del buen morapio de la tierra, del legítimo Valdepeñas; por ser tan barato, aquí es de balde, sin peñas. Vaya, no se haga el inocente, ¿Cree usted que voy a traicionarle declarando lo que me diga?

—Repito que no lo sé.

—Recontra, pues lo siento; porque si hacen justicia le soltarán enseguida y me volveré a quedar solo. Así llevo un mes, sin más compañía que este gato (un micifuz asomado en la ventana). Las pocas visitas que traen duran veinticuatro horas.

—Esto quiere decir que habrá hecho usted veinticuatro veces más méritos para estar aquí.

—No lo crea. La veinticuatrena que aquí me trajo fué el haber sido pemasiado generoso.

Me acordé de los galeotes cervantinos que hacían eje tutoria de sus culpas, y me sonreí.

—No se ría usted; oigame y verá como digo la verdad.

Y me contó su historia. Se llamaba José no sé cuántos, y era manchego. Cuando cayó quinto huyó del pueblo y lo declararon prófugo. En vez de expatriarse se dedicó a merodear por los contornos, ora como cazador furtivo, ora como contrabandista de tabaco y alcohol, porque andaba bebiendo los vientos por una campesina paisana suya.

Con su escopeta y su canana bien provista, invernaba en las quinterías de los campos de Calatrava o de Montiel, y veraneaba por los montes de Sierra Nevada o de Alcaraz.

De cuando en cuando, hacía una escapada al pueblo natal para ver a la novia y traerla algún regalo, procurando no se enterase nadie.

Si esto es difícil en los pueblos, donde hasta el paso de una rata se advierte, más difícil era al amador furtivo, espaciado tenazmente por un lince en figura de guardabosque. Un tal Crispín que odiaba a muerte a José, porque él también cortejaba a la muchacha.

Aunque el guardabosque veía prófugo y errante a su rival, sabía a qué atenerse y no ignoraba el por qué de sus idas y venidas y cuándo eran; por lo que juró prenderle y se lo llevaran a Ceuta, para él quedarse por amo del cotarro.

Pero como le veía armado y le sabía valiente, nunca se atrevió a echarle el alto.

Hasta que una mañana de invierno, en que había una niebla meona que no dejaba ver a dos pasos de distancia, José fué sorprendido por el guardabosque, quien, arrebatándole la escopeta y haciéndole la zancadilla, con lo que dió con él en tierra, le apuntó con su arma, diciéndole:

—Al fin caístas en mis manos; boca abajo, y encomienda tu alma a Dios.

Esto quería, asesinarlo, pues que podía reducirse a atarle las manos.

Comprendió José que toda súplica era inútil; se quitó el sombrero, murmuró una pequeña oración y luego dijo serenamente a su enemigo:

—Estoy dispuesto a morir. Gózate en tu crimen. Apúntame bien y dispara, pero te advierto que con la humedad que hace va a fallarte la escopeta.

El guardabosque, viendo que se jugaba la vida con aquel jóven hercúleo que, en lucha cuerpo a cuerpo, le vencería, se dispuso a matarlo como un conejo.

Y ocurrió lo que dijo José: Crispín apretó en vano los dos gatillos del arma y no salió ningún tiro. Entonces el otro se incorporó bravamente, saltó sobre el guardabosque, le arrebató la escopeta tras una brevísima lucha, y, dándole con la culata tremendo golpe en la cabeza, le dejó medio muerto. Y no lo mató porque Dios no quiso.

Esto le perdió. Crispín fué recogido por unos leñadores y, cuando pudo hablar, se despachó a su gusto, acusando a José de habeele querido asesinar. El Juzgado recomendó eficazmente la captura del prófugo, sobre el que ahora pesaba la agravante de atentado a la autoridad.

Tanto y tanto revolotear alrededor de la llama, la mariposa se quemó las alas. Siguiendo la pista que dió el rencoroso guardabosque, los civiles sorprenden-

(Continuará)



Creación del cadáver de un jefe de tribu de la Rusia Oriental en el siglo X.

(Cuadro de H. Siemiradzki).



EXCURSIONES DE PLACER A CAZAR GAVIOTAS...



En su pacífica tertulia del café, los cuatro amigos maduraron su plan poquito a poco...

Preparar una buena merienda, y las escopetas, alquilar un bote y saliendo fuera del puerto, llegar-se hasta un acantilado vecino a matar gaviotas.

Una canita al aire.

Don Juan el mercero, Don Andrés, pasante del notario; Don Pedro, farmacéutico y Don Francisco

del puerto; la mar está un poquitín picada... y la cuna se mece, da saltitos...

Quieren alegrarse, y bromean, ofreciéndose traguitos de ginebra para entonar el estómago; cruzan a bandadas las gaviotas; preparan las escopetas...
¡Púm! ¡Purúm! ¡Púm!

No cae pieza: flaquean los pulsos en aquel balan-cín. Don Juan siente que sus cabellos están moja-



Excursiones de placer... (Cuadro de Benneutin.)

el rentista, llegan al muelle, donde les espera la barca contratada de antemano.

Toda la ilusión de un día de asueto no impide que los cuatro amigos frunzan las cejas, recapacitando en la fragilidad de la cascarita de nuez, donde han de embarcar... Hombres de tierra firme, esclavos del mostrador y del escritorio, se sienten atraídos por el mar, pero les inspira respeto...

De buena gana hubieran suspendido la partida, aun pagando al botero y regalándole la merienda.

Pero ya no se puede retroceder: alguien les observa con risita burlona; el botero les invita a saltar a la barca, y empujados por la fatalidad...

En una docena de remadas se encuentran fuera

dos de sudor; Don Andrés, tiene en el estómago como una bola de plomo; Don Francisco, apiadado de las aves marinas deja a un lado la escopeta; Don Pedro dice muy quedito:

—¡No debemos salir!

Los remeros, ajenos a la íntima «tragedia» que se va fraguando a bordo, continúan llevando la barca cada vez más lejos; la brisa acaricia los rostros; cruzan las aves a tiro; yace la merienda en un rincón...

Don Andrés, señala una nubecilla negra que se ve en el horizonte; Don Francisco, reaccionado, pregunta: ¿merendamos?; Don Juan propone: ¿cazamos?; Don Pedro insinúa: ¡hace fresco!...

Los cuatro sufren el inconfesable dolor de su des-



ilusión; se sonríen con sonrisa de amargura y comprensión... ¡Qué bien se está en el rinconcito del café jugándose la cotidiana partida, dormitando luego mientras Pérez desgrana en el piano asmático, las notas de un vals que salen revoloteando y aturdidas, a romperse la crisma en los espejos!...

¡Y cómo se balancea la barca! ¡Y cómo salpica la espuma!... ¡Y cómo avanza la negra nubecilla, que puede ser la amenaza de una tempestad!...

Don Juan, se rinde, pálido como un cadáver y allá va en el fondo de la barca hecho un ovillo; Don Andrés, entre arcadas de muerte, pretende depositar en el mar la bola de plomo que lleva en el estómago; Don Francisco, piensa en sus rentas, incapaces

de librarle de una muerte cercana; Don Pedro dice a los remeros:

—¡Muchachos a tierra!

...Y allá va la lancha con su triste carga enfilando el puerto: sonríen los mocetones, ante la debilidad de los infelices mareados, y las gaviotas dan escolta de honor a las cuatro escopetas inofensivas...

Andando el tiempo, en la tertulia del café, alguien hablará de excursiones marinas...

...Y engañado por el espejismo del recuerdo, dirá Don Pedro, engallando el torso:

...Para excursión bonita, la de una tarde que dedicamos a cazar gaviotas., ¿Te acuerdas Paco?

RAFAEL GIBERT

LA MARINA INGLESA

LA VENTA DE BARCOS VIEJOS

Hay dos o tres Empresas establecidas en las orillas del Támesis, dedicadas por completo a comprar barcos de guerra para hacerlos pedazos. El Gobierno inglés se deshace anualmente de algunos de estos buques, considerados ya como fuera de servicio.

El precio más alto que se ha pagado por un barco de desecho es el de 650.000 pesetas, que la casa Eppenheim dió por el *Agamemnon*.

Un buque da guerra inglés suele ser declarado inútil a los veinte años; sus cañones, su maquinaria, etc., se consideran como fuera de servicio. y una Junta de marinos, una especie de Consejo de guerra, decide el destino del barco. El Gobierno firma, por decirlo así, la sentencia, dando su autorización para venderlo.

Cada buque condenado es llevado precisamente al mismo puerto donde fué construído: Portsmouth, Chatham, Devonport o donde quiera que sea. Una vez allí, se desembarca la tripulación, se quita todo el material de guerra y se hace entrega del buque a quien lo compra.

La Empresa que ha hecho la adquisición remolca el barco hasta sus arsenales, que por regla general se encuentran en el Támesis, y en ellos se da comienzo a la obra de desguace. La demolición de un barco se hace en orden exactamente inverso a su construcción. Las máquinas y calderas, que es lo último que se ha colocado, es lo primero que se quita. Después queda el barco desmantelado.

Luego ya no hay más que calcular las toneladas de hierro y el número de tablones que pueden aprovecharse. Las planchas se venden a las fundiciones, y todo lo demás se clasifica según la calidad del metal y va a los laminadores o a los hornos de aceración.

El hierro de un barco de guerra varía en valor, de 65 a 100 pesetas la tonelada. El hierro galvanizado es el que menos se paga.

Un buque, por consiguiente, contribuye, después

de haber sido destruído, a toda clase de manufacturas de hierro, desde una cocina económica hasta una vía férrea.

La madera se usa actualmente muy poco en los barcos de guerra, siendo casi todo hierro, excepto las cubiertas y algunas cosas de poca importancia, las puertas, por ejemplo. Pero en otro tiempo, cuando los grandes navíos estaban casi exclusivamente hechos de madera, ésta producía bastantes ganancias a las Empresas que los compraban.

Teniendo en cuenta que el hacer un barco de guerra cuesta a veces más de 15.000.000 de pesetas, y que cuando el mismo barco se vende rara vez dan por él 650.000 pesetas, resulta asombroso el abismo que media entre el valor de un barco nuevo y el de un barco viejo. Un crucero, que cuesta de 3.000.000 a 12.000.000 de pesetas, cuando es desechado se vende en 120.000 ó 250.000 pesetas, cuando más. Otros barcos, tales como torpederos, destroyers, lanchas cañoneras, etc., se venden en un precio proporcionado a éstos, siendo los escampavías los mas baratos de todos.

La madera de los barcos se compra principalmente para hacer leña. No hay madera que arda mejor, y su llama, de hermosos colores, hace que muchas personas prefieran esta clase de leña a cualquier otra. Los cerveceros también buscan esta madera para hacer los postes que sujetan las pipas en las bodegas muy profundas, donde las demás maderas se echarían muy pronto a perder, a causa de la humedad.

Cuando una Empresa adquiere un buque para desguazarlo, necesita un gran número de operarios; pero, a pesar de todo, siempre lleva cerca de un año el convertir la nave en simples montones de hierro y madera.

La venta de un buque viejo se hace siempre con la condición de que no debe ser revendido a ningún extranjero, a fin de que nunca llegue a navegar bajo una bandera que no sea la inglesa.

EL PAISAJE JAPONÉS

El mar.

Brilla el sol con luz radiante; el cielo es purísimo; la intensidad de la luz mantiene la atmósfera maravillosamente limpia.

El mar es de un azul verdoso claro; la costa vista de lejos, desde la proa del buque, parece una gran roca blanca que se descompone a medida que el navío se acerca más a ella, en asombrosa multitud de promontorios, de cabos, de puntas de bahías, de ensenadas; las islas y los islotes sobresalen y forman un maravilloso tejido de rocas y de follaje en la orilla de las aguas.

El mar interior del Japón tiene un extraño encanto. ¡Qué espectáculo tan grandioso a la luz de la luna! Sobre el tranquilo mar se reflejan sin cesar como en un baño de mercurio, y durante horas, los peñascos, esos monstruos negros de las aguas, prolongando y mostrando en línea recta sus perfiles abruptos y fantásticos, mientras que innumerable multitud de nubecillas oscuras, de todas dimensiones, pero de formas también fantásticas, casi inmóviles hacen del firmamento otro mar, de un azul bellísimo, donde las estrellas lucen como los faros en medio de los océanos.

El Mar Interior es, por la variedad de sus perspectivas, el primero y el más bello de los jardines japoneses: ofrece un cambio perpetuo de puntos de vista, tan rápido que parece que el barco navega velocísimamente: pasando sin cesar de una dirección a otra; se forma el viajero la ilusión de girar indefinidamente en un círculo de rocas sin salida, siempre haciendo lo mismo y, sin embargo, siempre viendo cosas nuevas, hasta que, de repente, como por milagro, se llega ante el estrecho, donde ya el navío se desliza furtivamente.

Mientras que la línea del litoral se extiende hasta lo infinito, formas extrañas se elevan en el fondo: son especies de conos, de puntas elevadas, de rocas abruptas, semejan redutos; son crestas de extremidades levantadas, como adornos de pagoda; es relieve brusco, que presenta toda la variedad de las



«El uranaíscas» o adivino japonés, es un oficio muy importante y bastante estimado y visitado por la clase inferior del pueblo, que acude a él en cuanto tiene alguna aflicción o molestia. Con su pequeña biblioteca y sus varillas mágicas, monta su templo o consultorio en cualquier rincón de la ciudad.

grandes montañas, sin la elevación de éstas; es relieve volcánico, donde las colinas parten en líneas rectas desde la llanura aluvial, conservando toda la juventud, toda la virginidad de sus formas...

La campiña.

Al poner el pie en tierra, el viajero se extasia ante la hermosa composición del paisaje japonés: Primero, la playa de arena, con algunos pinos torcidos por el viento del mar; luego, una extensión de terreno inclinado, tachonado de verde por los arrozales recién plantados, de amarillo por los haces dorados del arroz acabado de segar; después, lugares sembrados de bosques, entre los que se introducen las parcelas cultivadas; por cima, trozos de yerba corta, oscura, rodeada de arbustos raros; más allá selvas sombrías manchadas de rojo por la influencia del otoño; y, en fin, bien arriba, detrás, extrañamente suspendido en el cielo, como una nube, la montaña blanca envuelta en su manto de nieve reciente que, desciende en admirable línea de belleza formando curva de pureza ideal, como gran velo que desde la corona de una cima se deslizara hasta el agua tranquila que la refleja.

La campiña es un mosaico, una yuxtaposición de los colores más variados, de las flores más preciosas, de los cultivos más originales; y flores y cultivos y colores cortan en el centro y en los extre-

mos, a derecha e izquierda, muy cerca y muy lejos, trozos de bosque exuberante donde se ocultan muy lindas aldeas, temerosas, a pesar de su belleza, dispuesta por la mano del hombre, de competir con la hermosura de la Naturaleza: las plantaciones de té coronan los montículos, se corren a lo largo de las llanuras y hasta se internan en los apartados rincones de la selva; los arrozales se encuentran divididos en multitud de pequeños compartimentos divididos en senderos, donde se amontonan las gavillas de arroz, acabadas de cortar.

Por todas partes, forman las aguas deliciosos arroyuelos, saltan, más bien que corren, en aquel terreno desigual, y acarician los oídos con el rumor de las cascadas. Y, para mayor encanto, por las mañanas aparecen aquellos campos velados por nieblas y por brumas que cubren la base de las colinas y no dejan al descubierto sino sus empinadas crestas.

Los árboles.

Los árboles forman uno de los rasgos característicos y una de las grandes bellezas de su país. Son admirables, ante todo, por sus líneas. Los más hermosos son los *matsus*, sagrados entre los más. ¿Quién no recuerda haber visto, en los cuadros o sobre los pórticos, árboles forcidos, contraídos, cuyos brazos delgados y nudosos se retuercen en todas direcciones ostentando por único follaje pequeños grupos de agujas verdes? Son los *matsus*, los cuales, ora forman largas líneas sombrías en la extensión de una playa combatida por los vientos, ya flotan a manera de mastiles desamparados en las brumas del sol naciente, bien se yerguen en la punta de un islote recibiendo en sus siluetas desmesuradas los pálidos rayos de la luna, o mejor se levantan sobre los glasis de un castillo fuerte, cuya extraña arquitectura armoniza con los techos erizados de delfines y de grifones.

Así como los *matsus* despliegan toda la fantasía de sus líneas cortadas, los *sugni* gigantes *cryptomerias*, poseen la majestad serena de la línea recta y de la simetría. Sus troncos rectos y lisos se elevan como columnas prodigiosas hasta la sombría cuna que forman sus poderosas ramas, divididas como palmas. En los templos de Nikko forman un cuadro magnífico; en Nara, su juventud triunfa de la destrucción de las habitaciones humanas y divinas. Siempre la línea, con preferencia al follaje, constituye su grandeza y su gracia. Y así como ningún brote, ninguna vegetación advenediza interrumpe el arranque rígido de la columna, del mismo modo la discreta frondosidad del *sugni* permite ver per-



Una «Geisha» bailando al compás de la dulce melodía que arranca a las cuerdas del instrumento su compañera; delicioso cuadro de líneas delicadas y ternura femenina.

fectamente el ramaje, y aun las mismas raíces que se dibujan en el suelo.

El otoño es la época en que triunfan los árboles: los sicomoros se visten con sus rojas túnicas; el follaje se vuelve más brillante, se hace luminoso y las puntas de sus hojas parecen puntas incendiadas; los cedros y los pinos se elevan orgullosos sobre sus troncos color de fuego, y aun los arbustos deshojados forman en el flanco de las colinas deliciosas filigranas plata y rosa, donde brillan las blancas escamas de las hayas, las finas columnitas del abedul y las ramas rojizas de los helechos secos.

La arquitectura.

Toda la campiña se haya poblada de aldeas; las pagodas coronan las colinas, que parecen construidas para ser sus pedestales.

En el camino de Tchuzendji, las esculturas de Amida forman líneas sin fin bajo las sombras del torrente en el barro de las cascadas: son estatuas de piedra bruta, en las que el líquido ha formado un



La mujer japonesa honrada, fuerte, sagaz, dulce y compasiva, observa en su trato una ceremoniosa cortesía.

manto blanco, y en las que el viento húmedo ha corroído los rostros. Los templos de Miyadjima parece que flotan sobre el mar, y los famosos *toirii* o pórticos que defienden estos templos, bañan en las aguas del Océano sus macizos pilares, viejos troncos que el tiempo ha hendido y que la sal ha carcomido, pero que, a pesar de ello, aun pueden proteger una doble coraza de moluscos y de bronce. Nada, en efecto, simboliza mejor este matrimonio universal de la Naturaleza y del Arte que los pórticos de Nara revestidos de ramas de árboles, en los que algunas veces se enroscan, como las cepas en los olmos, frondosidades vivientes.

El musgo da carácter a las losas de los tabernáculos y recubre de velos las toscas balaustradas de granito; el musgo reúne en un mismo matiz de agradable verde las columnas de las criptas con los pilares de los pórticos de bronce...

Parques y jardines.

Los parques de Akasaka y de Chiba en Tokio, el de Suwa en Nagasaki, y tantos otros, nos dicen como el Arte matiza y embellece la obra de la Naturaleza.

Allí se ven árboles torcidos, mutilados de manera que forman bóvedas al unirse unos con otros; y cuando la vida natural no se presenta en tal esplendidez, los japoneses la fuerzan a plegarse a su capricho y la hacen desaparecer bajo la sobrecarga de la ornamentación. En Chiba, por ejemplo, hay un lago minúsculo que está por completo bordeado de una balaustrada de piedra maciza; en el centro, se eleva una isla, un bloque de albañilería ni siquiera disimulada, y aun el mismo bloque aparece cubierto de construcciones. El puente que hasta el bloque conduce, apenas tiene tres metros de anchura y presenta la forma de escalera, hallándose asimismo bordeado por un parapeto de piedra espléndidamente trabajada, y sombreado por dos sauces.

No hay un jardín japonés que no tenga su colina y su valle, su anfiteatro rodeado de bosque, su ría, su lago y su isla. Gustan de refinar los modelos en pequeño, hasta el punto de que los más vastos jardines japoneses son miniaturas.

A cada paso, la escena cambia y el horizonte se extiende; el agua misma, clara y poco profunda, se anima con toda una vegetación de algas ondulantes donde se cruzan y juegan multitud de peces de los más bellos colores. Detrás se descubre otro lado del jardín, más pequeño aún, rodeado de bosque; un rincón de naturaleza agreste y encantadora, donde el Arte ha tenido la habilidad suprema de conseguir que no se descubra la parte que al artista corresponde en la obra.



EL HÉROE DE TAZARUT

Hace diez meses que Santiago González Tablas sostenía un diálogo con la Muerte.

La Muerte, que selecciona sus presas, se había enamorado de ese mocetón, sonriente, simpático, de ademanes tímidos y mirar sereno, que se plantaba ante ella como ante un espejo.

Se conocían de antiguo; pero en esta trágica jornada de la Reconquista habían intimado tanto, que vivíamos con el presentimiento de que nos lo iba a arrebatar.

Familiarizados con su nombre, que no faltaba nunca en el relato de los combates, el aura popular le había nimbado con su luz de gloria....

¿Porqué no lo ascienden? se preguntaba la gente, sedienta de ver en la cúspide a los grandes ejemplares de la raza....

¡Ya ascendió a la inmortalidad!

González Tablas entra en la Gloria y se engarza en las páginas de la Historia, joven, sano de espíritu, perfumado con el óleo del valor, de la disciplina, del patriotismo: murió sin que se marchitara su beso y el juramento a la Bandera; sin que su conciencia tuviera que reprochar nada a su espíritu sin mácula....

¡Que dulce compensación para el héroe el homenaje que la Patria le tributa sobre su cadáver aún caliente....!

Cae herido en Tazarut en lo más recio de la pelea. «Cuando le recogieron recomendó mucho que no se enteraran sus tropas de que iba herido; pero como unos le vieron caer y otros pronto le echaron de menos, pues siempre estaba en primera línea, pronto lo supieron, y hasta se notó en el combate, un poco apagado....» Así dice un testigo presencial.

¡Que recia armazón para la leyenda! Parece arrancado al Romancero.

Le llevan en camilla al campamento: el día es lluvioso; chapotea en el barro la comitiva.

Han formado las tropas para rendirle honores; Su cuerpo inerme, sobre una camilla, es colocado en el suelo, en medio de calle jalonada por miles de hombres que se mueren de angustia. Lluve. El coronel Jordana lee la orden de la plaza, dedicada al suceso. La lectura parece un responso militar. Termina la lectura. El general Berenguer se adelanta, y poniendo la mano derecha en el frío pecho donde latió la laureada, le dice como si le fuera a dar una orden:

—Teniente coronel González Tablas: En el combate de ayer caísteis gloriosamente, cuando una vez más dábais ejemplo de alto espíritu militar cumpliendo valerosamente frente al enemigo. España, el Ejército y los Regulares de Ceuta pierden un jefe de incomparables dotes. En nombre del Rey, por vuestros altos merecimientos, os concedo la medalla Militar, seguro de que se sentirá honrada esta insignia al verse sobre vuestro pecho, y la orden al contaros entre sus caballeros.

Seguidamente, el general descubre la cara del cadáver y deposita un beso sobre su frente. Es un



Teniente Coronel González Tablas, jefe de los regulares de Ceuta, que ha muerto heroicamente luchando al frente de sus fuerzas en la toma de Tazarut.

momento en que se siente en la médula el escalofriante trallazo de lo sublime.

Al honor máximo en el campo de batalla sucede el honor máximo popular: la prensa le dedica sus mejores columnas; en el Parlamento se exalta su memoria y se hace constar en acta, el duelo que su muerte produce y surge la feliz iniciativa de traer sus restos al Panteón de Hombres Ilustres....

Una—en mal hora recordada—parrafada de la ley de Sanidad, impide por ahora la realización de este acto, que debió y pudo ser el homenaje oficial. Es lo único que ha faltado en la muerte del héroe.

Hoy era ya, de que el sacrificio de la vida en holocausto de la Patria, encontrara eco en el corazón del pueblo, y que el héroe soldado fuera glorificado entre nosotros, como lo es en todos los pueblos que tienen un justo concepto de los verdaderos valores nacionales.

González Tablas, fué condecorado después de muerto con la Medalla Militar; la orden general del Ejército de operaciones así lo dió a conocer.

Pero este honor debe ser ampliado; su ejemplar conducta necesita mayor resonancia.

ARMAS Y LETRAS propone, creyendo interpretar los latidos de cuantos visten uniforme, que se publique la citación del Jefe heroico y las brillantes páginas de su historial, en el *Diario oficial del Ministerio de la Guerra*, y que de todo ello, se dé un día lectura en los cuarteles.

Porque es el héroe legendario, radiante de juventud, de gracia y de intrepidez, muerto en la apoteosis de su carrera de triunfos, después de varios años de no interrumpida lucha.

Porque fué el perfecto soldado, espejo de caballeros, honra de un pueblo.

UNA CORAZONADA

MI CORONEL...

El Teniente General D. Juan Zubia, Director de la Guardia civil, ha sido nombrado recientemente Coronel honorario de la Benemérita.

La concesión de un empleo honorario en el Ejército, es la distinción más alta que como Jefe Supremo del Ejército puede conceder el Monarca: distinción, que la tradición reserva, a los miembros de familias reales y a los Príncipes de la Milicia; esto dice ya, el valor moral de la persona en la que ahora recayó la Regia gracia.

Coroneles honorarios de nuestro Ejército, son o han sido, Sus Majestades las Reinas Victoria Eugenia y María Cristina, El Emperador Guillermo II, El Infante D. Carlos de Borbón; los Reyes Jorge V, de Inglaterra; Alberto, de Bélgica; Víctor Manuel III, de Italia; Federico Augusto III, de Sajonia; Manuel II, de Braganza; Luis III, de Wittlsbach y Capitanes Generales Marqueses de Estella y de Tenerife.

El General Zubia pertenecía ya espiritualmente a la Benemérita; al vestir su uniforme, no ha hecho más que consolidar lo que su acertada labor directora y el respetuoso cariño de sus subordinados, habían anudado.

Su Majestad el Rey, con la certera visión que le distingue, con el rasgo oportuno de su iniciativa, premió al Jefe, y premió al Instituto, con la más preciada recompensa, que ambos pudieran apetecer, y merecen, tan exquisito tacto en el Mando y tan resplandecientes virtudes militares en la colectividad.

Ahora permitidme narrar un hecho episódico.

Fué en uno de los últimos días del año anterior.

El Parlamento, con unanimidad que demuestra la alta estima que a todos sus conciudadanos merece el Guardia civil, había aprobado la Ley de retiros de los individuos del Instituto: Su Majestad el Rey acababa de sancionarla.

Esta mejora de retiros fué iniciativa del General Zubia; con ella el Guardia se liga de por vida al Instituto, en cuyo servicio se requiere mucha experiencia y gran veterancia, y el Guardia en la vejez no necesita pordiosear el pedazo de pan que se ganó en su hermosa labor social.

Quisieron los guardias testimoniar su gratitud al Director, y con la venia de los Jefes de los Tercios de Madrid, se presentaron una mañana en la Dirección General varios veteranos...

Pasaron al despacho de su Excelencia: la emoción embargaba a los fieles soldados: llevaban escrito el breve discurso de gracias...



Excmo. Sr. D. Juan Zubia Bassecourt, Director general de la Guardia civil.

... Y uno de ellos leyó.

Frases de gratitud, resplandecientes de sencillez y dignidad: una evocación a los hogares de los viejos veteranos, donde el nombre de su Director no se olvidaría nunca..

Y ya velados los ojos por la emoción, el veterano terminaba...

«Este es el sentir unánime del Instituto del cual soy portavoz... Crea sinceramente, *mi Coronel*...

Rectificó azorado el lector, creyendo haber cometido una falta, disminuyendo categoría: «Crea sinceramente mi General...

Y el General y los Coroneles, para animar al veterano y significarle, que la equivocación no valía la pena, le sonreían: sonreían emocionados porque en la inspiración de un humilde guardia acababa de plasmar el anhelo del Instituto.

S. M. EL REY

El 17 del mes actual cumplió nuestro Monarca treinta y seis años de edad.

Con ocasión de esa fecha el pueblo español ha exteriorizado el afecto que siente por Don Alfonso XIII.

Grave y sereno en la gobernación del Estado, valiente ante el peligro, comprensivo de los proble-

fimos hacia el Congreso, donde se había de celebrar la ceremonia, era D. Alfonso el niño mimado sometido a prudente tutela, cautivo por la emoción del instante. ¡Ah, pero así que hubo jurado, así que se vió Rey...!

—¿Qué?

—Ya era otra persona. Había crecido ante sí



S. M. el Rey Don Alfonso XIII en su gabinete de trabajo. (Fot. Alfonso.)

mas sociales que hoy constituyen el punto de toque de todas las naciones, es indudablemente nuestro Rey el Jefe de Estado envidiable, que sabe dirigir con mano firme los destinos de su pueblo.

El Conde de Romanones cuenta de la siguiente manera dos rasgos que representan a nuestro monarca.

Dice así:

—Uno, se refiere al concepto que tiene de su rango. Yo, que pertencí a su primer Gobierno, al de la coronación, pude observar la transición que se operó en el ánimo real así que hubo jurado. Cuando

mismo, comprendía la grandeza de aquel momento y la proporción de aquel paso. Al salir del Congreso se le acercó Sagasta, que ya estaba muy viejecito y que apenas se podía mantener sobre sus piernas temblonas, y le dijo: «Conste, Señor, que somos un Gobierno dimisionario.» Se lo había dicho sinceramente, como podía habérselo dicho a su nieto. Pero el Rey, grave, consciente ya de su altísimo papel, respondió con aire que hablaba de madurez y de reflexión profunda: «Bueno, ya veremos lo que de-»

—Ratificaba poco después su confianza al Go-

bierno, jurábamos, y el Rey mismo nos indicó la conveniencia de celebrar Consejo. Y ¡vaya si fué un Consejo cabal! Para todos los Ministros tuvo su frase, sus preguntas oportunísimas, su investigación acertada, su afán, noble afán de enterarse, de discutir, de ser un verdadero Monarca consciente de sus deberes y derechos. Parecía un hombre de treinta años que llevase veinte ocupando el Trono.

—¡La orientación amplia de su espíritu es admirable! Nació Monarca. No pudo, como otros Príncipes asomarse al mundo, vivir la inquietud como su egregio padre, aprender en el destierro lecciones de mundo. Ha sido educado en un Alcázar. Y, sin embargo, conoce al país y está enterado de todo, y no adivina, porque sabe. A veces sorprenden sus observaciones. Dijérase que ha recorrido las calles disparado, que estuvo en la tribuna pública del Congreso, que ha ido a un casino, que buscó en los hogares pobres el alma de las muchedumbres tristes. Conoce, conoce muy bien a España.

* * *

La simpatía de nuestro Rey es proverbial: su inteligencia y su agrado le han atraído el amor, no sólo de sus súbditos, sino de individuos de todas las naciones que guardan para él el cariño que reservan a quien quiso y supo endulzar los rigores de la guerra, a todos los combatientes sin distinción de nacionalidades.

El Rey Alfonso XIII es una figura mundial. España le está reconocida y su reconocimiento se muestra aprovechando todas las ocasiones en que puede depositar a los pies del Trono el testimonio de su acendrado afecto.

ARMAS Y LETRAS por su parte, que se complace siempre en demostrar su adhesión al Trono y a la dinastía, eleva hoy ante el Monarca más español que tuvo nuestra patria, el homenaje de su inquebrantable adhesión.

* * *

La vida de nuestro Rey, es un continuo entretener de acciones nobles, que forman para el futuro anécdotas que han de servir de enseñanza a los Reyes.

He aquí una anécdota referida por Su Majestad.

—Pasando yo una tarde por los arrabales de Biarritz, acerté a cruzar, yendo muy despacio, ante cierta especie de taberna donde oír hablar español. Curioso, detuve el automóvil para mirar. Varios individuos, entre absortos y tímidos, me miraban, también dominados por la curiosidad. Yo les interpele: «¿Vosotros sois españoles, no?» Uno, más atrevido, quitándose la boina respondióme: «¿Y usted es el Rey de España?» Luego, sacándome una copa de vino, se acercó para ofrecérmela. Y me labebí.

—Y sería un vinillo abominable...

—No; era un vinillo mejor que regular. Y sobre todo, me lo brindaban con el corazón... Total, que me apeé del automóvil, que me senté con ellos en unos taburetes, y que empecé a hacerles preguntas: «¿Vivís en Francia?» «Sí,» me contestaron. «¿Por qué?» insistí. Pero ninguno quiso darme respuesta. Yo entonces comprendí lo que ocurría. «Vosotros sois prófugos—les dije—¿Me equivoco?» Callaron un instante. «Decidme la verdad—repliqué. Aquí no soy el Rey, estamos en tierra extranjera, y somos unos españoles que se han juntado para tomar vino.» Dudaron todavía un momento. Al fin, el que parecía más valiente exclamó: «Pues sí, somos navarros, y hemos huído por que nos fastidia ir al cuartel en tiempo de paz, y barrer y no hacer nada que valga la pena. Pero si hubiese guerra...» Yo les miré reconviéndoles por su mala acción, y les dije: «Habéis hecho muy mal; el cuartel ennoblece. Además, os habiérais educado, habiérais aprendido cosas de provecho, y sobre todo, no sentiríais vergüenza pensando en los hombres honrados que sirven a su patria» El sermoncito me había salido muy bien. Ellos oían cabizbajos y como arrepentidos. Entonces, el que llevaba la voz cantante, volvió a decir: «Sí, pero es que nos fastidia la paz. Si hubiese guerra, vería usted a estos navarros» Yo les cogí la palabra, y les dije: «¿De modo que si hubiese guerra volveríais a España y os incorporaríais a vuestros regimientos?» No se hizo esperar la respuesta. Todos me aseguraron que sí. «Pues mirad—continué—es muy posible que pronto se os presente la ocasión. En cuanto tengáis noticia de que han sonado tiros, me escribís personalmente. Ya sabéis mis señas... Alfonso de Borbón, Rey de España, Madrid... Yo os aseguro que seréis perdonados de vuestra infamia y que podréis batiros por vuestra nación como hacen los hombres de bien. ¿Lo haréis? ¿Seréis fieles? Pues me llevo vuestra palabra de honor. Hasta la vista. ¡Viva Navarra!

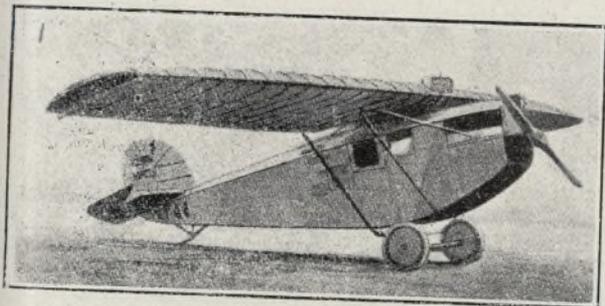
Escuchábamos con embeleso esta divina aventura que tanto describe la sutileza y el patriotismo del Rey.

—Subí al automóvil. Me vitorearon. Yo respondí con nuevos vivas a Navarra. Meses después ocurrían los combates de 1909. Una mañana recibí carta de Bayona. Era de mis navarros. Los hice traer custodiados por la Guardia Civil. Al día siguiente, indultados, se incorporaban a sus regimientos. Todos se han batido por España. Alguno, heroicamente, sublimemente, ha muerto bajo su bandera. Ya me lo dijeron ellos: «Vera usted cómo se portan estos navarros».

CUESTIONES DE AVIACION

Los grandes constructores de aeronaves se deciden por el monoplano al trazar la forma de los más modernos aviones de transporte.

Si me obligaran a precisar, cual es actualmente la tendencia predominante en la construcción de



Monoplano N. A. V. (francés) con cabina para 4 pasajeros.

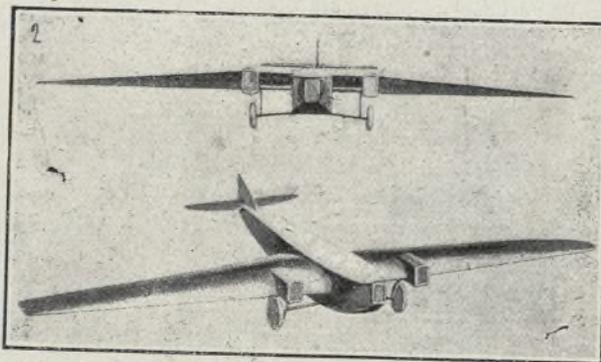
aviones de la *post-guerra*, y en particular de aviones comerciales no dudaría en declarar, que la mayor parte de los constructores, van abandonando uno tras otro la formula biplana, en favor del monoplano, la menos en lo que concierne a la construcción de aviones de transporte de capacidad para cinco a quince pasajeros.

Hace diez años los monoplanos gozaban de un gran favor: salían vencedores en casi todas las pruebas y concursos, pero de un modo brusco, y después de algunos accidentes, cayeron en desgracia y mirados con desconfianza y con ocasión de la guerra, el ejército entonces unico cliente de la industria aeronáutica no ocultaba sus preferencias por los sólidos biplanos.

La idea de seguridad atribuida al biplano era muy comprensible; los planos superpuestos de sus

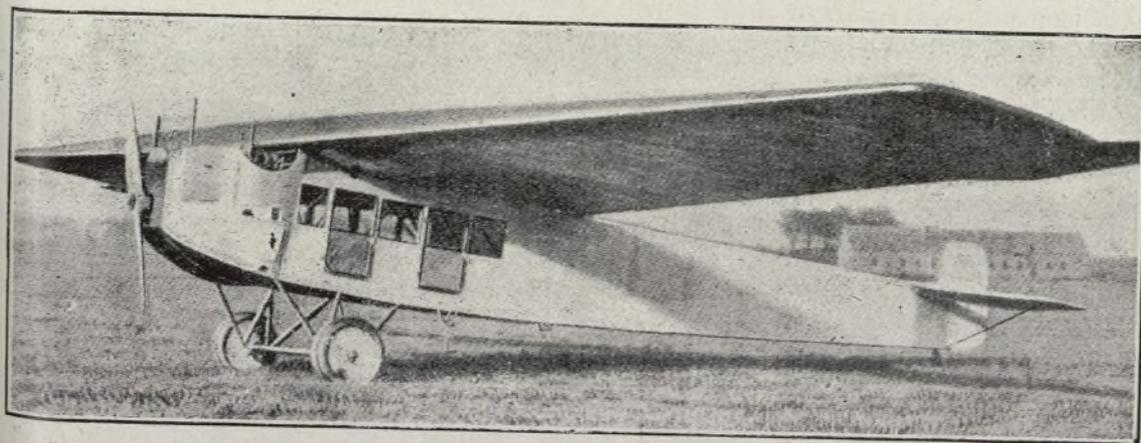
alas se prestan mutuo apoyo y una gran resistencia; las alas del monoplano necesitaban el complemento de una armadura rígida que oponía resistencia a la velocidad.

Pero la técnica aeronáutica, en sus conquistas de laboratorio y en sus estudios ha encontrado medios de mejoramiento en la construcción: aleaciones metálicas de poco peso son utilizadas en reemplazo de la madera; menor peso y más resistencia, se ha conseguido con esa conquista; y como el abandono del aeroplano obedeció por la falta de solidez de sus alas, al desaparecer ese defecto, le quedan todas las ventajas de su sencillo sistema; y de ahí el renacimiento, el éxito del monoplano.



Monoplano francés, tipo Morane Saulnier, cuyas pruebas han demostrado excepcionales condiciones de resistencia.

Un gran constructor inglés y un sabio alemán



Monoplano inglés Havilland, con cabina para 40 pasajeros.

coincidieron hace varios meses, en lanzar al espacio, cada cual por su cuenta, dos modelos en extremo interesantes de monoplanos para el transporte de viajeros.

Las características del avión inglés aún no son conocidas en su totalidad, se sabe que el motor es un 450 H. P. que con el radiador y accesorios forma un sistema, desmontable en bloque, lo que permite el rápido recambio del grupo motor-propulsor.

El puesto del piloto está situado muy cerca del motor y sobre él. La cabina para los pasajeros, con confortable capacidad para diez personas, está situada en el plano inferior al de las alas y tiene acceso por una puerta lateral; amplias ventanas que ocupan los laterales de la cabina hacen agradable la permanencia del viajero. Detrás de la cabina existe un compartimiento para los equipajes.

El tren de aterrizaje es muy sencillo y de una solidez a toda prueba, y un excelente dispositivo amortizador de gran elasticidad suaviza el golpe en caso de aterrizaje brusco.

La superficie del aparato es de 89 metros cuadrados, su motor un 450 H. P. y su velocidad 150 kilómetros por hora.

El constructor asegura que como fruto de su experiencia, y para dar a su aparato los mayores perfeccionamientos posibles, abandonó el sistema de biplano del que fué antes decidido partidario, para cogerse al monoplano.

Esta tendencia hacia el resurgimiento del monoplano se observa en todas las naciones.

Para el servicio de correos en las Indias orientales, Holanda ha construido un buen número de monoplanos que vuelan 180 kilómetros por hora y durante ocho.

En los Estados Unidos se construyen dos modelos de monoplanos; el *Facuzi* y el *Scout B. W.*

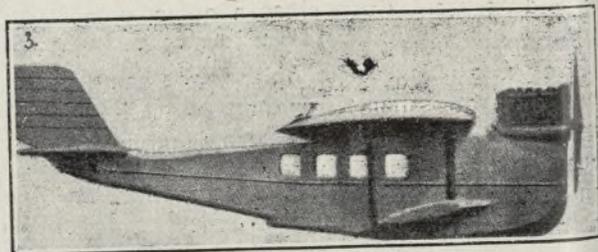
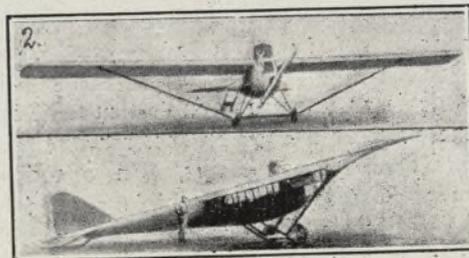
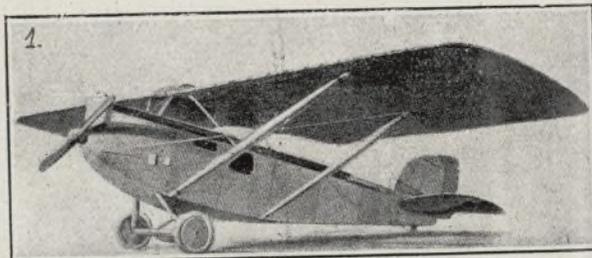
En Inglaterra, donde el monoplano no tuvo antes gran aceptación, existen en la actualidad cinco casas constructoras, ensayando modelos de monoplanos. Francia y Alemania también los estudian.

Ante esta unanimidad, nos preguntamos si el porvenir aéreo pertenecerá al aeroplano.

Desde luego presenta una ventaja extraordinaria: una mayor economía en el gasto de esencia, y eso

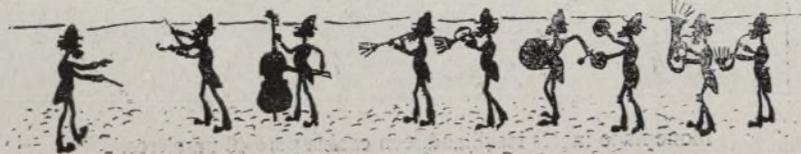
parece despertar grandes simpatías; así lo demuestra Mr. Eiffel después de haber estudiado durante muchos años la sustentación aérea, en los centenares de modelos que le presentaban los constructores para su exámen y juicio, encomienda también la ventaja del monoplano como arma de combate.

Observamos que la tendencia al monoplano, no



(1) *Monoplano Sablatning P. 3 (alemán)* Tiene cavida para seis pasajeros, y puede desmontarse en algunos minutos y cargarse sobre un camión automóvil del tipo corriente. (2) *El Monoplano Jaen, 220 (americano)* cabina para siete pasajeros. (3) *El hidroavión Zeppelin Donnier C. S. II.* Es curiosa la situación del motor, situado muy alto para evitar el contacto de la hélice con el agua en el momento del amarrizaje.

se manifiesta como consecuencia de estudios teóricos, sino por un esfuerzo material considerable, y estando el movimiento en sus comienzos, nos parece aventurado pronunciarnos en pro o en contra. Dejemos el título de estas breves notas con un acomodaticio interrogante.

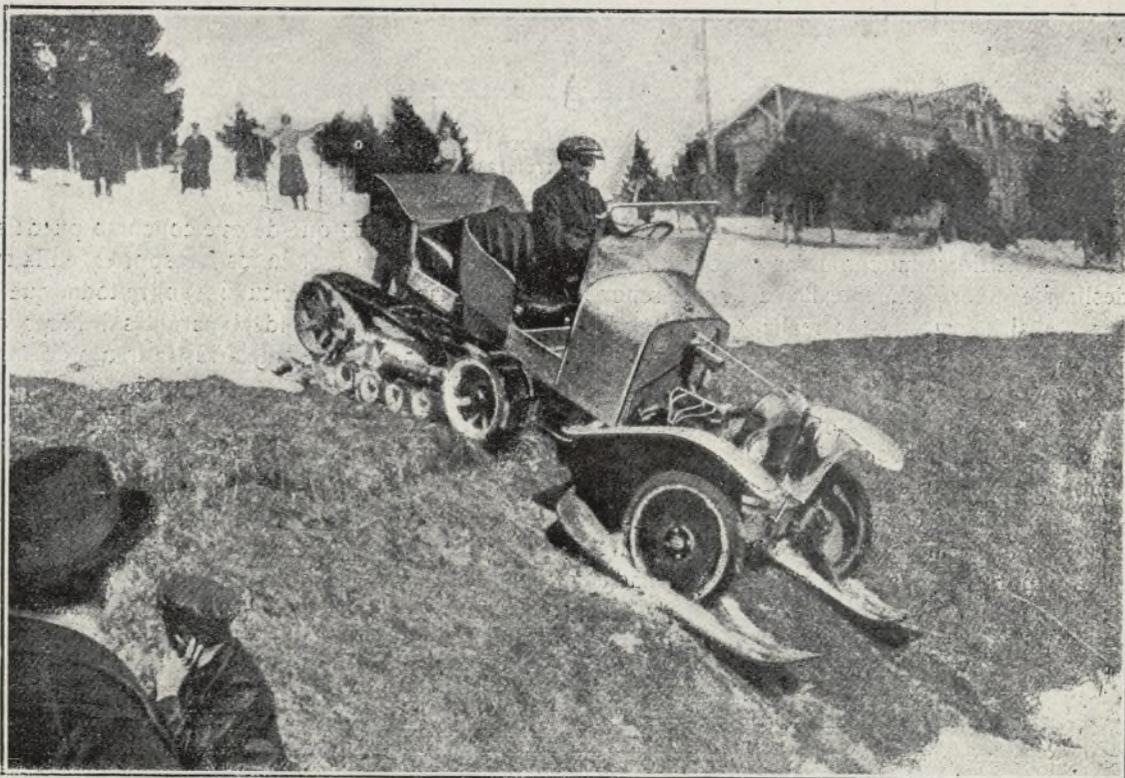


Automóviles para marchar sobre la nieve

No se trata de un fantástico deporte de invierno, esta carrera de automóviles en la nieve, que organizada por el «Touring Club», por el Club alpino, y por el Automóvil Club de Francia, se ha realizado

¿Porqué ocurre esto?

Porque se ha encontrado el medio de repartir el peso del automóvil, no sobre las cuatro pequeñas superficies, que constituían hasta hoy los puntos de



Un automovil con orugas y patines puede marchar sobre la nieve, franqueando fácilmente los obstáculos que presente el terreno.

en Chambéry Saint Pierre de Chartreuse y Grenoble.

Es algo más, que por sus resultados hemos de registrar como una gran evolución en la locomoción y tracción mecánica.

La ingeniosidad y el esfuerzo desplegados por los concurrentes a la carrera, en el ensayo realizado, les ha permitido franquear pendientes nevadas, sobre las que ni animal, ni trineo, ni hombre desprovisto de *ski* hubiesen podido circular.

A partir de esta locura acrobática, como algunos se permitieron calificarlos, un automóvil puede evolucionar sobre todos los terrenos mullidos, tal como la nieve, la arena, la tierra de labor y la pantanosa.

contacto de pneumáticos, sino sobre una superficie treinta o cuarenta veces mayor; y por consecuencia cada punto de contacto está treinta o cuarenta veces menos cargado, que los cuatro que formaban las ruedas.

El dispositivo ensayado, es análogo en apariencia al del tanque o carro de asalto; está constituido por dos correas u *orugas* de caucho labrado que sustituyen a las ruedas traseras y forman el mecanismo de propulsión del coche. Las ruedas directrices, están guarnecidas con estas correas-orugas, a modo de *skis* perforados en el centro, que sólo permiten a los pneumáticos de las ruedas, tocar en el terreno mullido la cantidad indispensable para fijar la dirección del vehículo.



Los automóviles sobre sistema de orugas marchan sobre la nieve con la misma facilidad que sobre cuidadas carreteras.

El «auto», equipado de este modo, pesa en realidad sobre la tierra mucho menos y le es muy fácil deslizarse superficialmente; la mayor adherencia, le permite al mismo tiempo realizar lo que podemos calificar de proeza: patinando en una pendiente o lanzado a gran velocidad por ella puede no sólo detenerse en un momento dado, sino retroceder hacia la altura; la misma adherencia le convierte también en un tractor muy ligero y muy poderoso: y ya se realizó la prueba de un simple motor de diez caballos, remolcando a la velocidad de tres kilómetros por hora una carga de nueve toneladas.

Vease el partido que de este concurso puede sacarse en lo sucesivo, en los transportes, en la técnica militar y en la agricultura sobre todo, que ha encontrado el tractor ideal para las labores del campo: tractor ligero que arrastra trenes de aprovisionamiento, que sitúa a las piezas de artillería en todos los terrenos con una rapidez desconcertante, y, que deja menos huella, que la pisada del hombre.

El grabado de cabeza y el de la portada de la revista, da una perfecta idea gráfica de cuanto aquí decimos.

UNA ANÉCDOTA DE S. M. EL REY

Entre las interesantes anécdotas de su vida entresacamos la siguiente: Que pone en labios del monarca el ilustre escritor D. Luis Antón del Olmet.

«Había huído, en tiempo de paz, cierto soldado de uno de nuestros Regimientos de Infantería. Poco después comenzaba la guerra de 1909 en Marruecos. El regimiento se batía con heroísmo. Del desertor nadie tenía ya recuerdo... Bien, pues una noche vióse llegar un bulto hasta las alambradas; se le dió el «¿quién vive?», contestó «España» y «militar». Poco después un individuo roto, demacrado, exámine, que acusaba en su aspecto haber realizado terrible caminata sufriendo mil percances, entraba en el campamento exclamando: «Soy Fulano de Tal, soldado desertor de este regimiento. Deserté en tiempo de paz. Hoy, enterado de que mi regimiento combate, vengo a incorporarme a filas» Excuso decirle a usted—conti-

nuó diciendo el Monarca—la discusión y el alboroto que se produjo. Aquel hombre había incurrido en una grave pena, mas su acto guerrero y viril, le amparaba. Una perplejidad absoluta se había apoderado de los jefes. Hubo un sargento que llegó a proponerle una nueva escapatoria «No,—dijo el soldado—quiero pelear con mi regimiento. ¿Que tengo pena? ¡Cá! Díganle ustedes al Rey lo que hice, y verán como me perdona.» Su confianza parecía inquebrantable. Su ánimo era resuelto. Parecía como si yo le amparara desde Madrid en esta su decisión patriótica.

—Y... efectivamente—musitamos nosotros.

—Sí, fué indultado. Un teniente de Wad-Rás, amigo mio, me escribió refiriéndome el caso, y dándome cuenta de la confianza que aquel hombre tenía en el Rey... Se lo propuse al Gobierno, y el indulto fué concedido.

RECUERDOS DE SU VIDA

Con solemnidad extraordinaria tuvo lugar a la Academia de Ciencias Exactas, el acto de imponer al sabio maestro D. Santiago Ramón y Cajal, la medalla Echegaray. Su imposición fué hecha por S. M. el Rey, quien en hermoso discurso ensalzó la figura del maestro diciendo:

«El nombre de Cajal es bandera en que la ciencia española se ha envuelto, mereciendo magnos honores de distinción y respeto por parte de las más altas representaciones de la ciencia universal pero con ser ya eso mucho, es más que todo eso. Cajal es representativo de una voluntad infatigable y de un españolismo acendrado.»

También habló D. Santiago. En sus frases viriles y confortadoras salió con un canto amoroso a la Patria cuando dijo:

«Mas la fuerza de voluntad en el hombre de laboratorio, como en el guerrero intrépido, necesita del concurso de otra gran pasión para que aquélla resulte eficiente y socialmente provechosa. Solía decir Alfieri que sólo acertaba a componer tragedias cuando estaba enamorado. Depurando este pensamiento de toda escoria pagana, podría yo afirmar casi lo mismo. Fué el amor quien templó y enardeció mi voluntad y adiestró mis manos; pero un amor puro, fervoroso y santo que todos los españoles debiéramos sentir, transportados de emoción como sentimos el amor sagrado de la madre. Aludo—harto lo adivi-

náis—al rendimiento y adoración fanáticos a la Patria y a la raza, tantas veces tildada injustamente, de incapaces para las altas empresas de la ciencia.»

Todos conocen a Ramón y Cajal histólogo. Po-

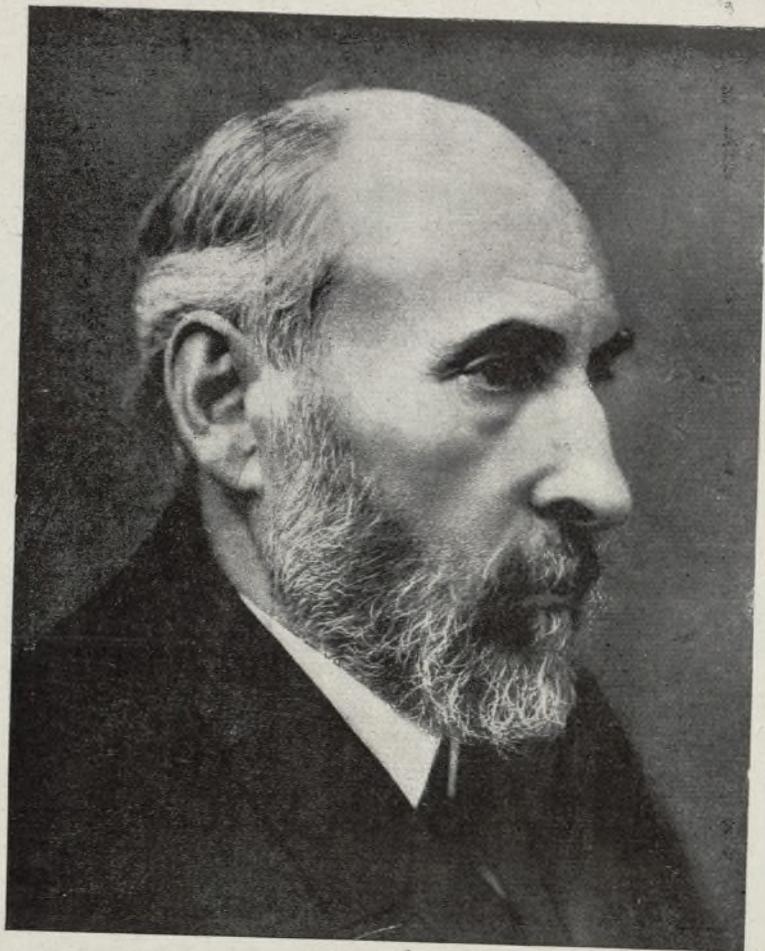
cos son los que le han admirado como patriota y enamorado de merciales empresas. Y sin embargo Ramón y Cajal, desde pequeño sintió latir en su corazón los impulsos heroicos y guerreros.

He aquí cómo el maestro cuenta recuerdos de su niñez, que tienen para nosotros encanto extraordinario.

«Durante los últimos años de mi niñez pasados en Valpalmas ocurrieron sucesos que tuvieron gran influencia en mis ideas y sentimientos fueron esos acontecimientos la conmemoración de las victorias de Africa.»

Los festejos celebrados por el Ayuntamiento de Valpalmas en memoria de los triunfos de nuestros soldados en Africa, fueron rumbosos y proporcionados al entusiasmo que reinaba en España. ¡Con qué alegría vitoreábamos a los valientes soldados y a los Generales Prim y O'Donnell! ¡Qué orgulloso estábamos de la conquista de Tetuán!

Entre los festejos que se celebraron en el pueblo, recuerdo las marchas, paso dobles y jotas ejecutadas con más fervor que afinación por una murga traída de no sé donde; y una hoguera enorme encendida en medio de la plaza en cuyas brasas se



D. Santiago Ramón y Cajal, a quien ha sido impuesta la medalla Echegaray.

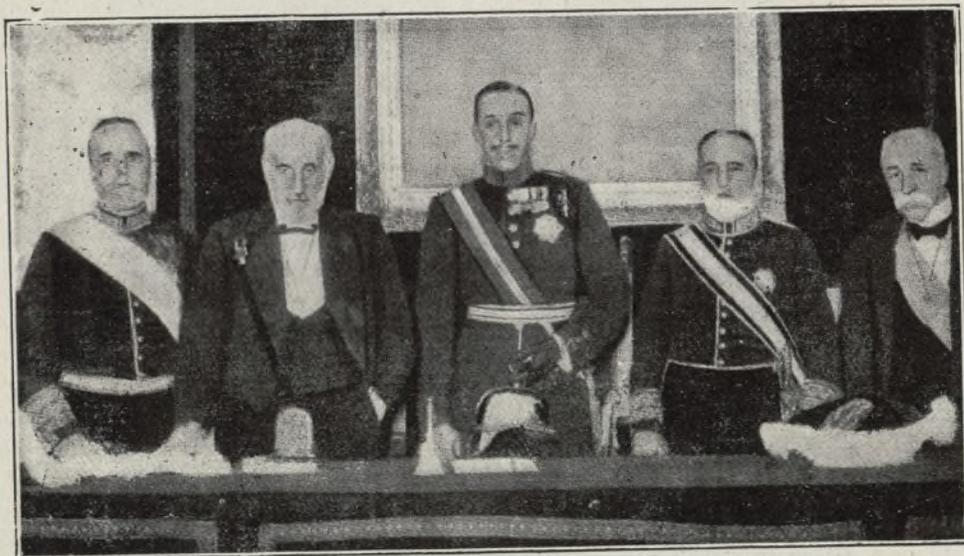
asaron y cocieron (a semejanza de lo que cuenta Cervantes en las bodas de Camacho) muchos carneros y gallinas. Al compás de la ruidosa orquesta circulaban botas rebosantes de vino de la tierra y sabrosas tajadas, a las cuales no hicimos asco los chicos.

Fué esta la primera vez en que aparecieron bien claros en mi mente la idea y sentimiento de patria. Cuando se sabe algo de la historia y de la geografía nacionales se comprende que además de la familia, y más allá de nuestro pueblo y de nuestra región, viven millones de hermanos que aman, espe-

premiendo que de esos dos aspectos, amor a España y odio a los extranjeros, debe desaparecer el odio y aumentar cada vez más el amor a nuestra patria. Por eso he deseado con tódo mi corazón que mi país desempeñara en la historia del mundo y en la civilización europea un brillante papel. El entusiasmo que sentí en aquellas fiestas que relato me parece que fué el germen de mis sentimientos patrióticos.

* * *

Y veamos cómo cuenta el crecimiento de sus aficiones guerreras.



S. M. el Rey en la Academia de Ciencias, en el acto de imponer a D. Santiago Ramón y Cajal la medalla Echegaray.

ran, luchan y odian al unísono con nosotros; que hablan la misma lengua, que tienen el mismo origen y el mismo destino. Este sentimiento se aumenta al leer las hazañas de nuestros mayores que combatieron por la independencia de nuestro país. Sentimos entonces la admiración por los héroes de nuestra raza y el deseo de imitarlos llegando, si fuera preciso, hasta sacrificar la vida por la patria.

Pero en este sentimiento hay dos cosas que debemos distinguir: de una parte el amor a la tierra y el culto a la raza; de otra el odio a los extranjeros que han sido en alguna ocasión los enemigos de nuestro país. Cuando yo era pequeño, en Aragón y en toda España, se sentía el amor a la patria, pero especialmente el odio al *marroquí*, enemigo durante tanto tiempo de España.

Andando el tiempo eché de ver que todos los pueblos, el nuestro y los demás, han hecho guerras justas e injustas y que al fin han triunfado los más ricos y los más inteligentes. Poco a poco fuí com-

Creo que fué por aquel año de 1866 cuando me hice temible entre los condiscípulos por mis progresos en el manejo de la honda. Recuerdo que entre otras pruebas de mi habilidad podía atravesar a veinte pasos de distancia un sombrero arrojado al aire. No me contenté sólo con el tino; cultivé el alcance y sobre todo la rapidez del disparo, pues mientras los otros muchachos disparaban una piedra, lanzaba yo cuatro o cinco. Fué esta la época del general reconocimiento de mi supremacía en los juegos guerreros. Como es natural me ofrecieron espontáneamente la jefatura de los dos bandos que luchaban. Yo acepté, según era de presumir, la dirección del bando democrático, pues ya entonces los muchachos jugábamos a reaccionarios y liberales.

En esas luchas y ejercicios de muchachos, aún más claramente que en la lucha constante de los hombres en la vida, se ve claramente la parte decisiva que tiene en el buen éxito, la voluntad enérgica



y la decisión inquebrantable de vencer. El que toma las cosas a broma es siempre superado por quien las toma en serio; el aficionado es vencido por el profesional; el que no va a la lucha más que por motivos de vanidad, es arrollado siempre por el que pone el alma entera en lo que hace y se prepara de antemano vigorizando sus brazos y templando sus armas.

Como yo tomé muy en serio mis ejercicios de honda, acabé, gracias a mi constancia, por ser un habilísimo hondero. Mis observaciones me llevaron a perfeccionar la honda: hícela de cordobán, con cordones de seda y escogí guijarros esféricos y pesados. Hasta llegué a escribir, para uso de mis amigos, un cuaderno con estampas al que pretenciosamente llamé *Estrategia lapidaria*, donde se contenían reglas prácticas para dejar a salvo el cuerpo amenazado por varios proyectiles.

Sin esfuerzo imaginará el lector que antes de alcanzar tanta maestría me habrían descalabrado muchas veces; y así era la verdad, tanto que mi cabeza está sembrada de viejas cicatrices. Alguna vez al salir de clase y encasquetarme el sombrero me encontraba con que éste no encajaba bien, porque el chichón, casi imperceptible antes de entrar en el aula, había crecido durante la lección, libre del freno de la montera.

«Cuando regresé a Ayerbe en las vacaciones, mi pobre madre apenas me reconoció, tan flaco y maltratado estaba. De mí podía contarse con verdad cuanto Quevedo dice en su *Gran tacaño* de los pupilos del dómine Cabra. Seco, angulosa la cara y hundidos los ojos, largas y juanetudas las zancas, afilada la nariz, puntiaguda la barba, parecía un tísico en tercer grado. Gracias a los mimos de mi madre y a una excelente alimentación, recobre luego las fuerzas. Y viéndome otra vez lustroso y ma-

cizo volví a tomar parte en las peleas y zalagardas de los chicuelos de Ayerbe.

En aquel verano mis juegos favoritos fueron los guerreros, y muy especialmente las luchas de honda, flecha y de boxeo.

La flecha y la honda me parecían cosas de chicos; yo aspiraba al cañón y a la escopeta. Y me propuse fabricarlos fuese como fuese. Para ello tomé un trozo de viga sobrante de una obra de albañilería hecha en mi casa y con ayuda de gruesa barrena de carpintero y a fuerza de trabajo y de paciencia labré en el eje del tronco un tubo, que alisé después todo lo posible con una especie de sacatrapos envuelto en lija. Para aumentar la resistencia del cañón lo reforcé exteriormente con alambre y cuerda embreada, y a fin de evitar que al cebar la pólvora se ensanchase el oído y saliese el tiro por encima, guarnecí aquél con estrecho canuto de hoja de lata procedente de alcuza vieja.

Ufano y satisfecho estaba con mi cañón, que alabaron extraordinariamente los amigos; todos ardíamos en deseos de ensayarlo. Fué mi intención añadirle ruedas antes de la prueba oficial, pero mis camaradas no lo consintieron; tanta impaciencia tenían por cargarlo y admirar sus formidables efectos.

Después de mucho pensar decidimos izar el cañón por encima de las tapias de mi huerto y ensayarlo sobre la flamante puerta de un cercado vecino, puerta que daba a cierto callejón estrecho bordeado de altas tapias y apenas frecuentado.

Cargamos a conciencia la improvisada pieza de artillería, metiendo primero un buen puñado de pólvora, embutiendo después recio taco y atiborrando, en fin, el tubo de tachuelas y guijarros. En el oído, relleno también de pólvora, encajamos larga mecha de yesca.

Los momentos eran solemnes y la expectación ansiosa. Con un fósforo puesto en un alambre prendí fuego al cebo, hecho lo cual, nos retiramos todos con el corazón sobresaltado, a esperar, a prudente distancia, la terrible explosión.

El estampido resultó horrrisono y ensordecedor; pero contra la opinión de muchos el cañón no reventó, antes bien, cumplió dócilmente su cometido. Un ancho boquete abierto en la puerta nueva, por el cual, airada y amenazadora, asomó poco después la cabeza del hortelano, nos reveló los efectos del disparo que, según presumirá el lector, no fué repetido aquel día. Huelga decir que echamos a correr vertiginosamente, abandonando en la refriega el cuerpo del delito. Gran suerte fué que la puerta, descompuesta y entorpecida por la lluvia de astillas no pudiese girar en seguida, a pesar de las furiosas sacudidas del colérico hortelano; gracias a esto le tomamos gran ventaja en la carrera, aunque no tanta que dejaran de tropicarnos en las piernas algunas piedras lanzadas por el energúmeno.

De seguro presumirá el lector que el pasado perance me haría aborrecer las armas de fuego; pues, por el contrario, sobreexcitó mi inclinación a la balística. En nuestras siguientes aventuras fuimos más cautelosos. Se fabricó otro cañón que disparamos contra una terrera; pero esta vez, cargada el arma hasta la boca, reventó como un barreno sembrando el aire de astillas. Muchos otros ensayos acabaron de mala manera; de uno de ellos conservo en un ojo señal indeleble.

Pero nuestro gozo mayor era salir al campo armados de escopeta que disparábamos contra los pájaros, y cuando no los había, sobre piedras y troncos de árboles.

Claro es que mi padre tenía encerrada su magnífica escopeta de caza, amén de las municiones; pero como en aquellos tiempos de represión política era frecuente la requisa, en la que las autoridades registraban las casas para llevarse armas y caballos, mi padre, escarmentado por la abusiva incautación de una magnífica escopeta, se proporcionó un escopetón roñoso enorme, que debió ser de chispa, ya inservible, que es el que conservaba para las requisas. No hay que decir cuán fielmente le era siempre devuelto el inofensivo mosquete.

Tal era el fusil que me propuse utilizar en excursiones y cacerías. Púsele una especie de llave de latón, portadora de yesca encendida; arreglé la cazoleta, limpié el cañón y el oído, fabriqué la pólvora necesaria, hice balines y perdigones con trozos de plomo, y una vez listos todos los preparativos, nos lanzamos mi hermano y yo al cobro de pájaros, perdices y conejos.

Orgullosos estábamos con nuestra antiquísima carabina que no hubiéramos cambiado por la mejor escopeta del mundo. Imaginábamos además que aquella arma formidable no daba aspecto terrible.

Recuerdo que un día cierto grandullón me amenazó con una tercerola, pero yo lejos de intimidarme le apunté con mi imponente trabuco. El efecto fué instantáneo; a la vista de la anchurosa boca del arma, nuestro bravo se escurrió prudentemente. Si mi contrario dispara, apurado me hubiera visto para contestar, porque mi escopetón no pasaba de inofensivo cohete.

Nada más cómico que nuestro talante cuando nos descolgábamos por las bordas del huerto uncidos a nuestra penadísima carabina y emprendíamos la caminata en busca de aventuras. En cuanto veíamos un pájaro hacíamos alto; encendía yo la mecha, enfilaba el armatoste hacia el ave, bajaba gravemente



el gatillo, comenzaba entonces cierto chisporroteo de pólvora mojada y después de medio minuto producíase la detonación que nos llenaba de admiración y orgullo.

En el fondo de mi afición a las armas de fuego latía, aparte, el ansia de emoción, admiración sincera por la ciencia y curiosidad insaciable por el conocimiento de las fuerzas naturales. La energía misteriosa de la pólvora causábame indefinible sorpresa. Cada estallido de un cohete, cada disparo de un arma de fuego, eran para mí estupendos milagros.

Falto de dinero para comprar pólvora procuré averiguar cómo se fabricaba. Y al fin, a fuerza de probaturas salí con mi empeño. Proporcionábame el azufre en la tienda, el nitro en la cueva de casa y el carbón en las maderas ligeramente chamuscadas. Con mil cuidados y precauciones manipulaba todo ello, aunque más de una vez se produjeron accidentes. Fué suerte que todas estas operaciones de alquimia las hiciera yo en el tejado de la casa a fin de evitar indiscreciones; de ser ejecutadas en las habitaciones ¡Dios sabe lo que hubiera podido ocurrir!

El encuentro casual de un pequeño tesoro agravó todavía mis aficiones guerreras. Paseando un día por las inmediaciones de la Ermita de los Mártires,

mi hermano Pedro divisó en un basurero cierta cosa brillante; nos aproximamos a ella, la cogimos y después de frotarla para quitarle la suciedad, resultó ser ¡oh felicísima sorpresa! una moneda de oro de cinco duros. Entonces corrían, por fortuna, todavía las onzas, aquellas famosas *peluconas*, convertidas hoy, desgraciadamente, en raras medallas de museo. Para asegurarnos de la buena ley del doblón lo cambiamos en una tienda, y dueños de tan respetable suma, para nosotros inverosímil, acordamos los dos invertiría en comprar cierto pistolón imponente que desde hacía tiempo tentaba cada día nuestra codicia en el escaparate de vieja armería. Hicimos provisión de pólvora, balas y perdigones, empezamos a ejercitarnos en el manejo del arma, que resultó bastante caprichosa. A fuerza de práctica llegamos, sin embargo, a afinar algo la puntería y hacer algunos blancos.

Al proveernos de armamento tan impropio de muchachos, era nuestra intención, además de darnos aire de terribles revolucionarios, fomentar antiguas e irresistibles aficiones, saliendo a caza de tordos, perdices y conejos. Pero ocurrió como con el célebre mosquete de marras; nunca cobramos pieza importante; sólo algún gorrión, recién salido del nido e inexperto en el vuelo, cayó en nuestras manos.

Prodigios de la telegrafía sin hilos

Pronto contará Bélgica con una de las mejores estaciones de telegrafía sin hilos del mundo. Ocho postes metálicos, de 275 metros de altura, sostendrán una antena en mantel que cubrirá más de doce hectáreas. Esta instalación se hace para poder comunicar con los Estados Unidos, la América del Sur y el Congo. Una estación receptora se establecerá, a conveniente distancia, en los alrededores de Brujas, para recibir los despachos sobre cuadros.

Los despachos podrán ser depositados en Bruselas, donde serán trepados por medio de una máquina análoga a las de escribir, pero que perfora una banda de papel. Esta banda o tira de papel, portadora de signos perforados, pasa, a razón de 100 a 125 palabras por minuto, por una máquina, unida por hilo a Ruysselede, donde los signos son reproducidos mecánicamente sobre otra cinta semejante. Esta nueva cinta pasa entonces por la máquina que maneja el manipulador.

La recepción se hará de manera análoga: un radioscritor perfora una banda de papel, que se

hace pasar en seguida por una máquina en comunicación con Bruselas, donde automáticamente es impreso el telegrama.

La estación emisora podrá transmitir 60.000 palabras útiles por día, o sea, 35.000 a la América del Norte, 10.000 a la América del Sur y 15.000 al Congo. La energía eléctrica será producida por una central independiente.

La potencia comercial ha sido calculada cuidadosamente, para asegurar la transmisión rapidísima a siete u ocho mil kilómetros. Es probable que, en condiciones atmosféricas muy favorables, la estación podrá transmitir alrededor del mundo. La vuelta al mundo por las ondas hertzianas bate todos los «records», y Ruysselede recibirá en una treceava parte de segundo, un mensaje que haya dado la vuelta al planeta.

Las estaciones emisora y receptora funcionarán en *duplex*; esto es, que la recepción y la emisión se hacen al mismo tiempo, sin molestarse mutuamente para nada: La instalación de esta gigantesca T. S. H. costará más de diez millones de pesetas.



ANDANTE ESPAÑOLERÍA



Por el Teniente Coronel García Pérez.

Fray Asensio Nebot.

Se propuso vengar la muerte de sus compañeros fusilados al pie de las tapias del convento de San Francisco, de Sagunto.

El 31 de Agosto de 1812 sorprende a los franceses en Artana haciéndoles 40 muertos. El 3 de Septiembre los derrota poniéndolos en fuga hacia Castellón; el 10, se apodera de un convoy con 644 fusiles, 160 bombas y 200 granadas; el 17, vence a sus rivales causándoles 160 muertos y muchos prisioneros que llevó a Vistabelia; castiga a los acantonados en Cientorres y Castellfort; y penetra en Alcañiz quemando cuanto había en las casas de los afrancesados.

El 2 de Noviembre sale Maruchelli en su persecución y tiene que retirarse a los tres días; y ofrece este general 800 duros por la cabeza de su rival. El 1.º de Diciembre, en violenta represalia, sorprende en las cercanías de la Señera a una brigada de artillería; el 11, ataca un convoy en Cabanes. Al comenzar el año 1813 sitia a Morella derrotando los ejércitos de Runfort y Mazuchelli.

Tan prestigioso fraile, adorado de los suyos y temido de los franceses, llegó a mandar 8.000 infantes y 500 lanceros.

José María Rodríguez.

Era Capellán del Regimiento de Infantería de Bailén. Durante la segunda batalla de Castalla (13 de Abril de 1813), la bandera corrió gran peligro de caer en manos de los franceses; y gracias al arrojado de aquel sacerdote, tan bravo como ejemplar, la enseña patria siempre ondeó entre las filas españolas.

Miguel Paris.

Con ocasión de la guerra de la Independencia (1813), este Sargento del Regimiento de Soria, seguido de dos soldados, acomete vigoroso a sus adversarios; no se detiene ni ante el número ni ante la valentía de los franceses; consigue poner fuera de combate a veinte de sus rivales; y su proeza fué resultante de su intenso patriotismo, de su devoción por el deber.

Su heroica conducta fué recompensada con un

abrazo del General de la división al frente de las Banderas.

El boticario del Padró.

Por mucho tiempo se finge afrancesado para atraerse el efecto de los oficiales de una División francesa (guerra de la Independencia); y en un banquete que les ofrece apura entre estremecimientos de alegría el veneno que les ha preparado.

Martina la Vizcaína.

En el combate de Puente de Larra (guerra de la Independencia), ve caer herido al Oficial Asenjo; corre en auxilio y lo rescata de un grupo de franceses que iban a hacerlo prisionero; colócalo en unas parihuelas y emprende la marcha.

Al ser perseguida, oculta al oficial en unos matorrales cerca de un caserío y prosigue con las parihuelas vacías; así pudo salvar al heroico oficial, quien más tarde fué su esposo.

Se le concedió en premio a sus azañas, el sueldo y honores del empleo de Capitán.

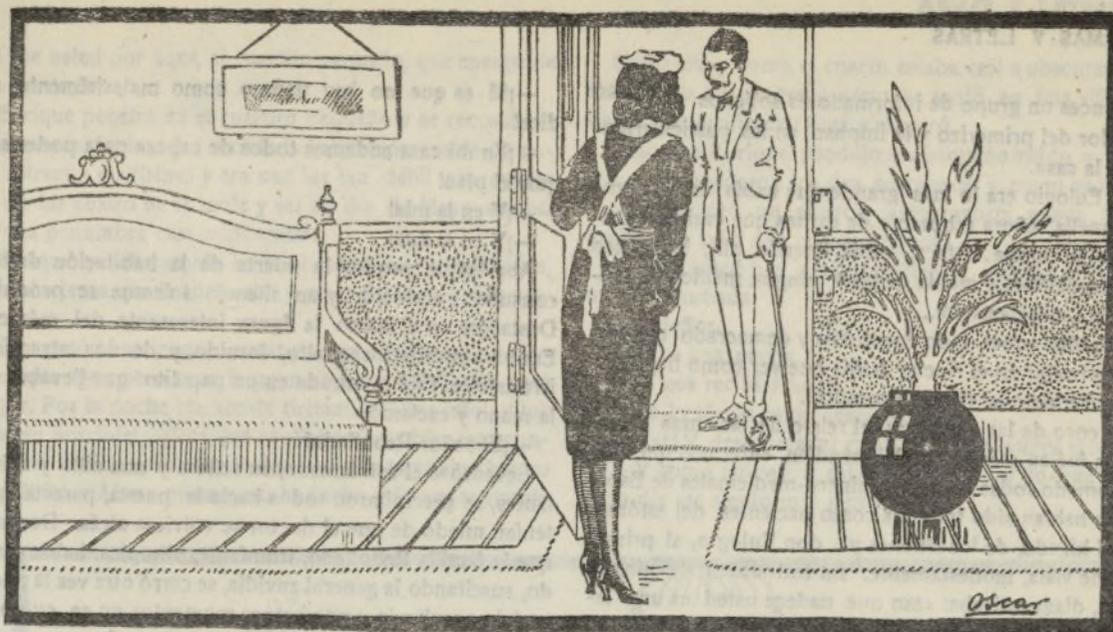
Fr. Basilio de Samboy.

Este guardián del convento de capuchinos de Tarragona capitaneó durante la guerra de la Independencia a los Somatenes de Cataluña, haciendo estragos en los franceses hasta que cayó prisionero de ellos.

Su estimación entre los invasores fué tanta que el alto mando francés no quiso cangearlo por un general cuando se lo propuso el Marqués de Palacio, capitán general del Principado. Ofrecieronle luego el mando de un regimiento con grado de Coronel; después, una Princesa noble con 40.000 pesos, si se casaba con ella; y por último, el Obispado de Barcelona, sino quería contraer matrimonio.

Pero aquel corazón hondamente heroico supo despreciar, en aras de su Dios y de su Patria, los placeres, la riqueza, la libertad y los honores, y así permaneció prisionero hasta que halló ocasión de fugarse vestido de marinero.

Ya en su Patria retornó a sus bélicas andanzas haciéndose notar por su raigada fe y su intenso españolismo.



Cuentos de "Armas y Letras"

DE CÓMO FUERON CURADOS ISABEL ELIZALDE Y ENRIQUE BURGANDÍA...

El Dr. Zapino era un doctor famoso; famoso, entre otras por tres razones principalísimas: por el ojo clínico, que le hacía diagnosticar de una manera inapelable; porque citaba todos los días en su consulta cerca de cuarenta personas a ciencia y conciencia de que no había de recibir más de diez y por último, porque se le olvidaba cobrar.

Su consulta era verdaderamente digna de estudio. Desde las tres de la tarde comenzaban a llegar pacientes. Generosa, la doncella de mansos ojos y movimientos monjiles los iba acomodando afectuosamente.

Lo primero que se ocupaba era el amplio y muelle sofá de alto respaldo, tapizado de terciopelo rojo, como toda la sillería; luego a su vez, las sillas de torneada y bien labrada madera... Después, Generosa, en asientos volantes, acomodaba alrededor de la mesa... Ya la sala, que tenía cabida para treinta personas, estaba llena. Los que venían después eran acondicionados en un cuarto pequeño que daba al patio; hasta diez había sitio.

A las seis se podía echar el *completo*. Los que llegaban los últimos... eran despedidos melosamente por Generosa que excusaba al doctor o indicaba al paciente otro día más propicio.

Para el que por primera vez llegaba, el espectáculo que se ofrecía a sus ojos era algo extraño. Nada de la espera clásica de otras consultas en las que las personas de una misma familia se hablan muy quedito, como si estuvieran en un velatorio y los que no se conocen permanecen rígidos y meditativos. Nada de eso. Allí había grupos; charlas animadas; señoras que hacían *crochet*, individuos que despachaban su correspondencia y pacientes que roncaban de una manera desmedida.

Juitta—preguntaba una señora que estaba en los puros huesos a otra de un color de caoba—¿a cuantos lleva recibido ya el doctor?

—A tres.

—¡A tres! ¡Dios mío! ¡Y son las ocho menos veinte! ¡Si no me tocará tampoco hoy!

—Aún hay tiempo señora; ¡hasta las once!

—¿Hasta las once recibe el doctor? preguntó un señor que era primerizo.

—¡Ah! ¡Ya lo creo!—le contestó su vecina de asiento—joven agraciada que tocaba su linda cabecita con la negra mantilla y mostraba unos colores tan sanos y una mirada tan viva, que más que enferma parecía estar allí por puro pasatiempo.

—¡Eso no es posible!—exclamó el señor como hablando consigo mismo.

—¡Anda! ¡Qué no es posible! ¡Pocas veces que he salido yo de aquí a las once dadas!

—¿Pero a qué hora cena el doctor?—interpeló el neófito, intrigadísimo y escamado porque se iba acercando la hora de su cotidiano yantar.

—D. Eulogio no cena; habrá ya merendado y después de la consulta, a las once o las doce, sale a visitar.

—¿A visitar a las doce?

—Si señor, a visitar.

—¿Vd. perdone señorita; pero todo lo que me está usted diciendo parece una broma!

—Nada de broma—contestó ella ruborizándose. Todo lo que le digo a usted es la pura verdad y si lo duda pregunte a cualquiera de estos señores que son antiguos en la casa...

Entonces un grupo de informadores solícitos se formó alrededor del primerizo y le impuso en las particularidades de la casa.

«D. Eulogio era lo más grande que había en el mundo. Aquella señora rebosante de carnes que casi no encajaba en la amplia butaca, había llegado allí, hacía dos años, esquelética y medio cadáver ¡ningún médico la entendía y... mírela usted!...

...El señor aquel, todo encojido y demacrado que parecía dormitar en el rincón ¡había que ver como llegó!... y a don Eulogio lo iba reanimando...

Y el coro de las alabanzas, el relato de las curas maravillosas fué en *crecendo*. Allí acudían enfermos que habían tomado todas las aguas minero-medicinales de España; que habían sido tratados como pacientes del estómago, del hígado, de los riñones y... don Eulogio, al primer golpe de vista, modestamente, sin teatralidad de ningún género, diagnosticaba: «eso que padece usted es una lesión nerviosa... Y la fama del doctor era enorme; salsa de España. Le llamaban en consulta a París y hasta una vez, hizo un viaje al Cairo, en plena guerra europea, llamado urgentemente por un enfermo»...

—¡Ay!—exclamó una señora poniendo remate al encomiástico concilio y después de una larga pausa—¡D. Eulogio sería un médico perfecto si recibiera a los enfermos!

—¿Pero no recibe?—preguntó el señor que iba de sorpresa en sorpresa y a quien la debilidad y tanta noticia despampanante le tenían ya atontado.

—Sí, recibir... recibe... pero cuando quiere.

Yo llevo viniendo quince días seguidos y aún no me ha visto—exclamó uno.

—No se asuste usted, yo llevo más.

—Pues a mí lo que me fastidia es que el doctor me mandó venir hoy a las tres y media porque quería hacerme un reconocimiento en plena digestión de la comida y... ¡¡¡jese! ¡son las nueve de la noche!

—Bueno; pues yo digo a ustedes—exclamó un señor que había permanecido silencioso—que el señor Zapino será todo lo gran médico que ustedes quieran... pero a esto no hay derecho. Yo he sido citado a las cinco. Esto no es formal. Queden ustedes con Dios. Y abriendo violentamente la puerta salió.

—¡Claro! dijo uno—los que no le conocen se impacientan...

—¡Y tienen razón!—exclamó otro furioso—¡Esto no se hace! Yo también me voy.

—¡Mucho que le importa a don Eulogio que se marchen!—murmuró en voz baja la joven de la mantilla.— Si después de todo le debemos estar agradecidos porque nos quiera recibir!

—¡Agradecidos!—interrumpió el primerizo.

—¡Claro, señor; si casi trabaja por amor al arte, como quien dice!... ¡Si apenas cobra!... ¡y un señor tan rico como él y sin hijos!... ¡Vamos, que es virtud!

—Eso sí es verdad; pero también el plan que pone se las trae. ¡Arruina a cualquier! ¡Hay que ver la cantidad de medicinas y que las manda de las más caras!

—¡Calle usted señora, por Dios! ¡Yo estoy tomando doce medicamentos al día!

—¡Si es que no hay tiempo como materialmente, se dice!

—¡En mi casa andamos todos de cabeza para poder seguir el plan!

—¡Y en la mía!

—¡Y en la mía!

Abrióse de pronto la puerta de la habitación donde consultaba el doctor y un silencio solemne se produjo. Destacóse en el hueco la figura interesante del médico. Era un hombre joven, alto, fornido y de una atracción irresistible. Fijó la mirada en un papelito que llevaba en la mano y exclamó:

—¡El señor Rebolledo!

Levantóse el así llamado, su señora y una niña y anhelantes, se precipitaron todos hacia la puerta; parecía que tenían miedo de que el doctor se volviese atrás. Después que la familia Rebolledo, triunfante, olímpica, había pasado, suscitando la general envidia, se cerró otra vez la puerta del consultorio y por breves momentos no se oyó otra cosa en el salón de espera que hondos suspiros.

Enrique se levantó maquinalmente; siempre que el doctor llamaba a otro que no fuera él, sucedía lo mismo.

Aquello era francamente criminal—se decía—Hacer esto con un hombre que padece una lesión intestinal de carácter nervioso y que casi raya en los límites de una misantropía aguda... Con estas esperas interminables y esta continua incertidumbre, me volvere loco... ..Mañana me recibe o aquí o curre algo gordo. Yo soborno al portero para que diga a todo el mundo que no hay consulta y vengo yo solo o me meto debajo del sofá y salgo a media noche... A mí me recibe... esto está decidido.

Y cambiando bruscamente de pensamiento, como si buscase un sedante que atemperara sus nervios en pleno desequilibrio, pasó fugaz por su mente una imagen... ¡Si al menos estuviese ella!... Y evocó la figura interesante de una enferma; enferma como él, como él demacrada y envuelta toda su persona recogida en un hábito de profunda melancolía...

...Un día en medio del tedio horrible de la espera cruzaron una mirada; por un momento, sus ojos sin brillo, mortecinos se reanimaron y desde aquel instante el *flirt* fué comenzado; un *flirt* extraño, algo lúgubre; casi de ultratumba, como de dos almas que pugnaban ya por abandonar los cuerpos demolidos por el terrible mal.

Entretanto la impaciencia de los que esperaban en el salón había llegado al límite; las veinte personas que aun permanecían, apesar de lo avanzado de la hora—las once menos cuarto—se revolían como fieras enjauladas. Cuando la sala tomaba todas las trazas de un consultorio de perturbados, Generosa con su voz apacible lanzó la bomba.

—Señores; el doctor ha tenido que salir a un caso urgente y los señores pueden tomar número para otro día... usted, don Enrique, que venga mañana a primera hora que el doctor quiere verle.

Fase usted por aquí, al cuartito pequeño, que enseguida le va a recibir.

Enrique penetró en el cuartito pequeño y se recostó en una butaca. La luz que recibía la habitación era de un patio estrecho y altísimo y era una luz tan débil que apesar de ser las cuatro de la tarde y ser un día de Mayo estaba en una penumbra casi crepuscular.

Enrique quedó sumido en la obsesión de su única idea, idea aluciente que le torturaba y no le dejaba un solo momento.

Comenzó el solloquio acostumbrado: «Hoy estoy algo peor que ayer; pero ayer, la primera parte del día, lo pasé mejor. Por la noche me acosté tiritando. ¡Dios mío! ¡Que frío tan horrible!... ¿Por qué sentiré yo este frío tan grande? Es increíble; por ahí van los individuos ya sin chaleco y yo tiritando... Ahora mismo, no he hecho más que sentarme

Entró ella y como el cuarto estaba casi a oscuras y ella venía de la luz, lo creyó vacío; se sentó en una silla con un aire de profunda fatiga y suspiró.

Entonces Enrique produjo un pequeño ruido y ella se fijó en él; quedaron los dos suspensos y como azorados.

Se prolongó un silencio embarazoso; nunca habían hecho otra cosa que mirarse y ahora...

—¿Está usted hoy citada también? ... insinuó él con voz un poco turbada.

—Si señor.

Se hizo una pausa.

—¿Y nos recibirá hoy? ...

—No lo sé; ¡ya estoy desesperada!

—¿Está V. desesperada? exclamó él con interés creciente.

—¡Y como no voy a estarlo! Yo no sé lo que tengo cada día me siento más morir!



y ya me va invadiendo el frío... ¡y qué frío! ¡Ni siquiera se me quita en la cama! Me levanto con más frío que me acuesto ¡Oh! si yo pudiera andar! porque esto debe ser la sangre que se paraliza... ¡Mira que lo que me pasó ayer!... ¡que bestial! ¡como me apretaba aquel frío en el tranvía!... ¡Cuidado que yo ocupo poco sitio! ¡Ah! ¡Si hubiera sido en mis buenos tiempos le doy una trompada en la barriga!... ¡Pero qué he de dar yo! ¡Si apenas tengo fuerzas para hablar!... Esto se acaba Enriqueito; ya queda cuerda para poco! ¡Y más vale! ¿Esto es vivir? ¡Que tedio! ¡Que profundo tedio!... Porque yo muero de eso... A mi no me duele nada; yo como bien; duermo bien... ¡Que cave la tierra! ¡Que haga trabajo material! Me aconseja Gonzalo... ¡Estoy yo bueno para nada!... Si ahora mismo viese tambalearse las paredes, yo creo que no tenía arrestos ni para moverme.

—Entre usted señora en este cuartito, que ya el salón grande está lleno.

—¡Y yo lo mismo!

—¡Qué calamidad de vida! Válgase más tirarse por el Viaducto!

—Pues cuando se decida usted, haga el favor de avisarme, que yo también me tiro.

—¿Usted también? ¡Pues estamos buenos los dos!

—¡Eso quisiéramos nosotros!

Se sonrió ella con una sonrisa que ya no era todo melancolía; él también se sonrió; se miraron fijamente. Hubo un silencio.

—¿Hace mucho tiempo que viene a la consulta, señorita; digo señorita... usted perdone, yo no sé si es usted señorita o señora.

—Señorita.

—¡Ah! Es usted señorita. ¿Y dice que hace mucho tiempo que viene a la consulta!

—No; solamente unos meses.

—¿Y se va sintiendo mejor?

—No lo sé ¡pero casi aseguraría que no. Estas esperas

me ponen nerviosísima y luego tomo tantas medicinas que me han producido una revolución enorme, ¡hasta tengo dolores!

—Eso pasará. Es la protesta del organismo contra un régimen completamente nuevo. Pero después mejorará.

—¿Usted va mejor?

—Yo ... tampoco. Sin embargo hablan todos tanto de este médico. Dicen que es tan maravilloso que tengo fe. ¿Usted no tiene fe?

—Que se yo. Tan mal y tan mal me encuentro que me parece mentira que he de recobrar la alegría de mi vida.

—Eso es lo horrible de estas enfermedades: la tristeza tan infinita que le consume a uno. Y el caso es que tenemos la culpa nosotros mismos.

—¿Usted cree...?

—Mire usted señorita; yo de mí se decirle que cuando me veo obligado ineludiblemente a ocuparme de algo, pierdo la obsesión de mi enfermedad y me encuentro mejor.

—Algo por el estilo me ocurre a mí. Cuando nos mudamos de casa—yo vivo con una hermana casada—ocupada con los trágines de la mudanza me encontré mejor y ¡cuidado que tuve que moverme!

—Eso le demostrará a usted que la salvación de nuestra enfermedad ... porque usted perdona, señorita ... no se si esto será una impertinencia ... pero usted está neurasténica como yo ...

—¡Yo! ¡Yo estoy de remate!

—Pues yo le digo a usted que nuestra salvación está en encontrar un algo que nos domine de tal modo que la idea de nuestra enfermedad quede olvidada.

—¡Si, así será! exclamó ella como enloquecida.

Callaron los dos. Enrique notaba dentro de sí una cosa inexplicable; hasta sentía calor ... de pronto en un movimiento impulsivo se sentó junto a la joven.

—¿Me quiere usted decir su nombre?

—Isabel.

—Pues bien, Isabel—usted perdona la confianza—yo me parece que estoy encontrando el medio de salvarme.

—¡Ahl! ¿Sí? ¿Y en qué consiste?

—Consiste en quererla a usted.

—¡Pero hijo! ¿Me toma usted por un específico?

—No sea usted guasona. La tomo a usted por lo que es; por una personita ideal que en cuanto pierda ese aire mortecino y el cuerpo adquiera cinco o seis kilos más de peso, va usted a resultar la mujer más garbosa del mundo.

—¡Ay! ¡Qué gracioso!

—No hay gracia que valga. Créame usted a mí, Isabel; que la hablo como si ahora mismo me fuera a morir; como que hace media hora me estaba muriendo de verdad. Sólo el amor nos salvaría y ya ve usted, si es una medicina buena de tomar y barata.

—¡Qué diablo de hombre! Me está usted poniendo de buen humor con sus tonterías.

—Cómo que ya tiene usted otro color y otro aspecto... ¡Y yo! mire usted como estaré que ni siquiera siento frío.

En efecto, por el desmembrado cuerpo de aquellos dos hipocondríacos pasaba algo raro; yo no se si sería el amor; pero que era algo extraño no hay duda.

No hacía más de media hora que aquellas dos personas—iniciando un novísimo sistema que puede que se perfeccione en el porvenir—daban la sensación de dos cadáveres que por sus propios pies marchaban a la sepultura... y ahora

—Isabel, Isabel. Estamos en Mayo; el mes en que todo nace a una nueva vida y nosotros aquí, en este cuarto lúgubre esperando a que este doctor nos llame, si nos llama; nos largue cuatro o cinco términos que no entendamos y quince o veinte medicinas Isabel, usted y yo somos dos equivocados.

—¡Equivocados!

—Sí; nosotros necesitamos luz y aire e infundirnos en nuestras almas un poco de calor que ya nuestros cuerpos extenuados no pueden dar... y ¿qué cosa más a propósito para esto que inspirarnos amor? El amor es fuego... es una llama. ¿No lo ha leído usted en las novelas?

—Usted sí que es una llama. ¡Hay que ver y como se crece!

En efecto, Enrique se crecía. Por un fenómeno muy corriente en los enfermos del sistema nervioso, de la pasividad absoluta, de la indiferencia casi glacial pasaba, sin medida ni tino, a la acción desbordante, a la acometividad desenfundada. Estaba bajo una sugestión y de sus gestos, de sus palabras, de sus movimientos, de toda su persona; en fin, se desprendía como una fuerza magnética:

—Vámonos, vámonos, Isabel.

—Pero usted no está neurasténico—exclamó ella un poco asustada.

—¡Que no estoy neurasténico!

—Claro que no; lo que está usted es loco.

—Si, loco; pero en mi locura entreveo la salud, la fuerza, la vida que se nos escapa y entreveo también la felicidad de ambos. Salgamos de esta habitación Isabel o a mí me da un ataque y el escándalo va a ser formidable.

No se si fué él el que levantó a ella o ella se levantó sola; toda trémula, excitadísima y exangüe se dejó conducir, salieron como si fueran fugitivos y luego, por una de las avenidas del Retiro próximo a la casa del doctor—se les vió caminar.

Iban deprisa y hablando atropelladamente. El aire era tibio y perfumado; la atmósfera límpida; la avenida por donde marchaban, revestida de toda la pompa primaveral, dibujaba una perspectiva de ensueño...

¿Curarán? Claro que si, una mujer joven, un hombre joven... Cupido... la primavera... ¡Qué hermosas drogas!

ANTONIO DE GOLLURI